

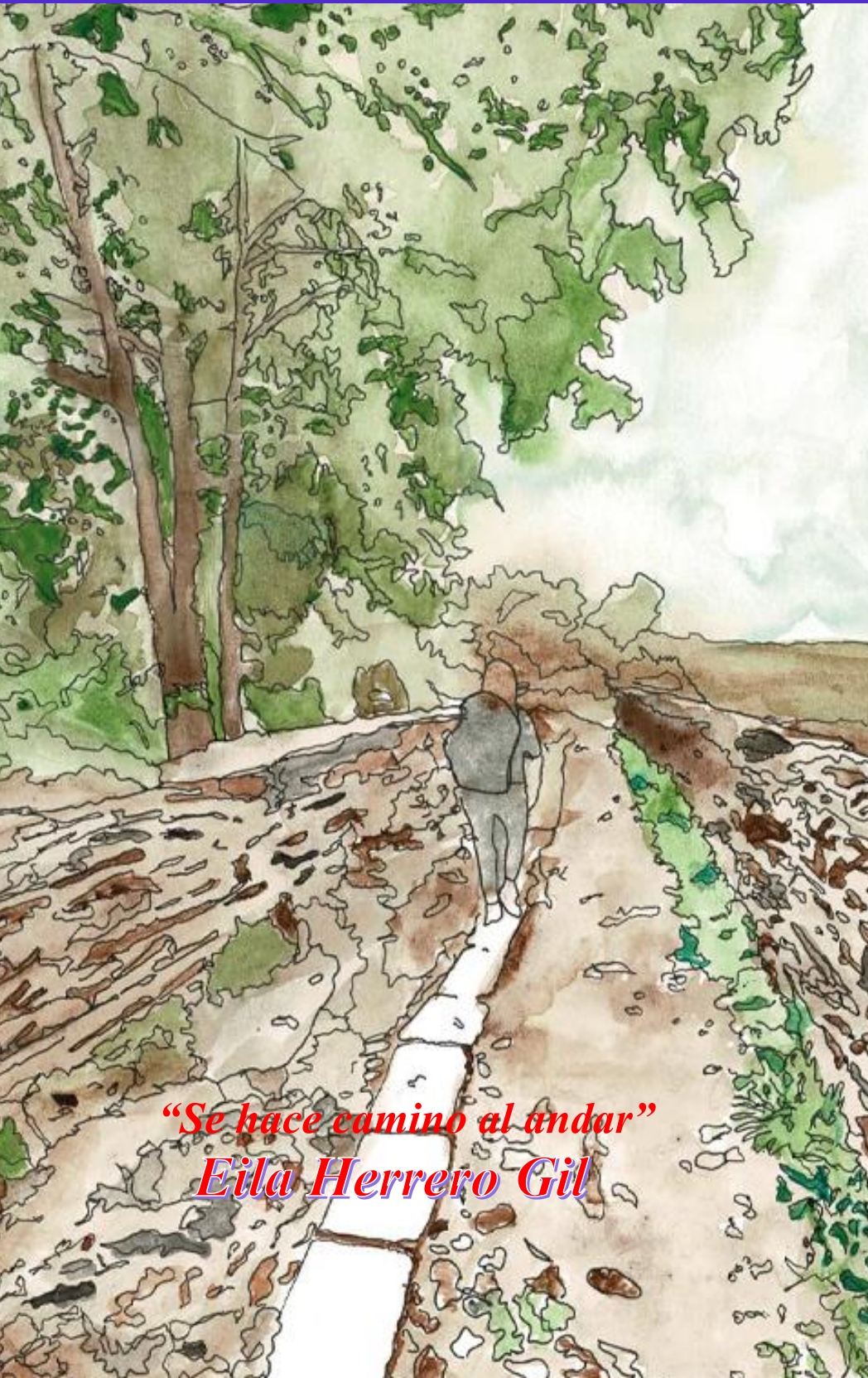
N°32 Noviembre 2024

Hoy solo he visto paredes cerradas,
amasijo de raíles férreos de viaductos,
gentes cansinas desperezándose, juntos,
todavía sin luz del día, de tiempo holgadas.

José Antonio Sainz Nieto



En este número



*“Se hace camino al andar”
Eila Herrero Gil*

LAURA CATALINA OCAMPO
MUSAS
JAIME RODRÍGUEZ MATÉ
EL RINCÓN DE CRISTIANE
JULIÁN GRANADO MARTÍNEZ
DANIEL MARGENAT
ELENA BRAVO DELGADO
MIGUEL ÁNGEL RUPÉREZ
ANNE READHEART
JAVIER C VENTIADES MORALES
JOSE LUIS MARTIN ARANGO
RICARDO ALBERTO OTERO
MARKOS MANCHADO MATEOS
MARÍA GRACIELA KEBANI
SANTOS S.C. BERMEJO
MARÍA BRETOS
PÁGINA 30 VISTO EN REDES
PURIFICACIÓN PEDREGOSA
ULISES MARTINO
NIKOLÁ KIRÓN
JOSE LUIS ESPAÑA
HECTOR GARCÍA
JHONY K
ABRAHAM F. ORTIZ LUGO

Con voz
de Mujer

Hela



He visitado miles de tierras, he visto muchos atardeceres y amaneceres, pero siento que no encajo allí. No pasó a ser sino otro simple turista en cada lugar, me siento vacío y cansado buscando sentido. Despierto hoy como cualquier otro día y encuentro a mi lado una bella mujer, parece un ángel. Me dice: “Hoy cumpliré cada uno de tus deseos” Ignoró sus palabras en ese momento, ya que su belleza me tiene deslumbrado. Pasamos un día fenomenal el cual por alguna razón no termina; viajamos, disfrutamos y siento que me estoy enamorando. Pero pese a todo esto, cada que se va cumpliendo uno a uno mis deseos, me siento débil y preso como si estuviera muriendo, así como se le cumplen los deseos a los desahuciados. Al final del día regreso al lugar en el que nací, llego a mi vieja casa y me recuesto en mi antigua cama, llena de recuerdos de mi infancia. Por alguna razón, se tiene que ir mi bella compañía. Le doy un beso apasionado y deseo no acabe. Al abrir mis ojos de nuevo, solo escucho un susurro que me dice: “Gracias por darme tu alma, me la llevo con gusto”.

Laura Catalina Ocampo

Desde Calarcá, Quindío- Colombia

Editorial Musas

No es difícil viendo lo que se escribe el juzgar si algo es inspirado o no. La necesidad de expresión nos hace ponernos delante del papel en blanco y , con frecuencia, las musas no acompañan al hambre de decir esta boca es mía. Dicen que la musa te ha de pillar trabajando, y es verdad: muchas ideas nacen sobre la marcha después de un rato de teclear ideas varias sin mucho propósito. No es que falte la musa, es que después no hay autocritica y vence la necesidad de ser expresado.

Esto los jóvenes lo saben muy bien. Las paredes de las grandes ciudades lucen sus grafities sin mayor orden y concierto aunque sea solo para decir "yo estuve aquí". Tampoco es muy diferente el mundo adulto de responsabilidades literarias donde constantemente nos están diciendo lo que vale, lo que no, lo que hay que comprar y lo que hay que tener en cuenta. Ante esto está el hecho casi generalizado de escribir, como demuestra por ejemplo esta revista.



Las musas son caprichosas y no siempre acompañan. Por eso es bueno tener autocritica y dejar a un lado aquello que no está verdaderamente inspirado. Conozco gente que a todo lo llama poema, y otros que presumen de 50 o 60 poemarios. ¿Podemos sin más llamarlo carnaza literaria? En el fondo no es más que aquel joven que quedándose solo grita al mundo su existencia y valor. Solo que en adultos debería estar mal visto dar por bueno cosas que no son naturalmente inspiradas ni inspiradoras y que transforman los actos literarios en una forma de comercio indecente para que los aburridos pasen la tarde y los amigos y alguno más suelte la mojama un poco. No se puede hablar de Musas cuando lo que se expresa son simples clichés y cuando nuestro 'paladadr está tan acostumbrado a las recomendaciones. Por eso hay que defender la autoedición esperando encontrar ahí algo diferente aunque no sea necesariamente bueno. Pero ¿Quién dice dónde están las musas?

Fotografía: el editor daniel Collado por Cristiane Ventre

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº32 noviembre 2024

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.



DANIEL COLLADO AZORÍN

*Después de buscar por todas partes,
no encontré nada. Busqué y rebusqué
en la tierra, en los mares, hasta en los
cielos. Y nada.*

*Nada. Se me caían las preguntas de las
manos. El péndulo de la duda oscilaba
frenético y sus oscilaciones
acrecentaban aún más mi
desconcierto.*



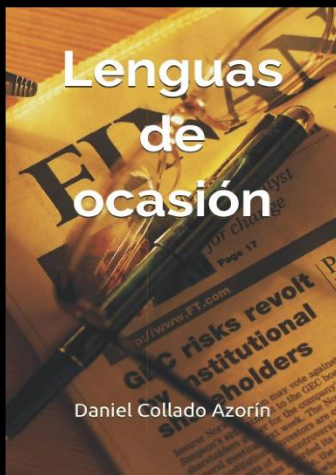
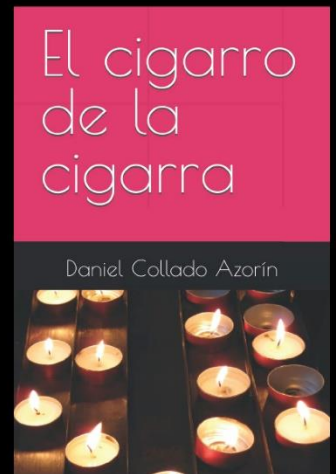
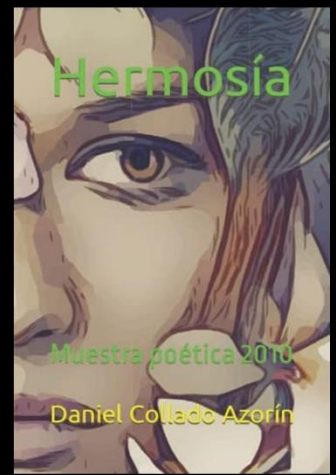
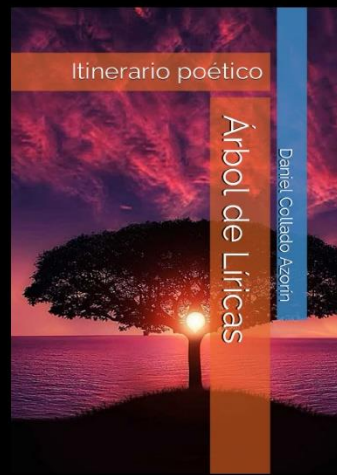
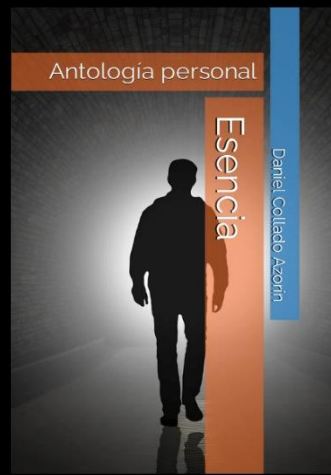
*Entonces, como último
gesto de rebelión, resolví
quemar todos los libros.*

*La fogata resultó
descomunal.*

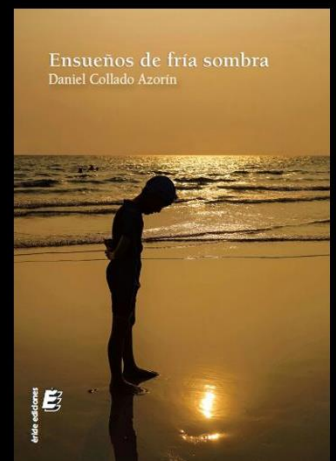
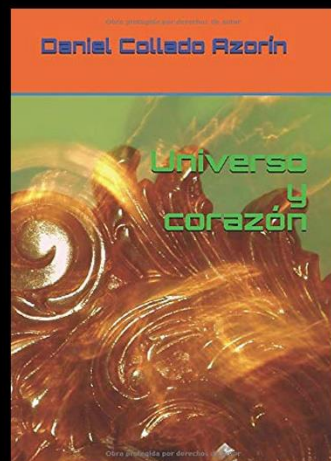
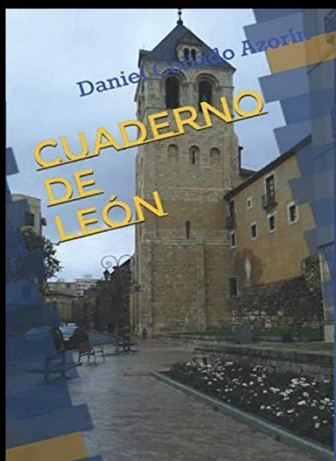
*Implacablemente durante
días y noches ardieron los
libros. ¿Y ahora qué?*

María Graciela Keban

Buenos Aires, Argentina



escritordaniel.es



La fábula del cocodrilo, el varano y el poeta

Jaime Rodríguez Maté

En el verano ardiente que hacía humear el asfalto y lo derretía como si fuera plástico al paso de las ruedas de los carros, el varano merodeaba las esquinas silenciosas del centro de Génova. Con la lengua olía el aire, lento, sospechoso, desconfiado. Su piel gruesa, curtida en la inclemencia de las junglas de la vida, lo hacía fuerte, indómito, decidido. Nadie se le acercaba, sus dientes afilados como pequeños garfios cargaban envenenada saliva.

Ya caía el sol de su cúspide, ya abandonaba el astro el solio de su cenit y los reptiles, saliendo de las cavernas de sus casas, reptaban arrastrando sus barrigas albas sobre el pavimento de empedrados hasta el puerto donde el crepúsculo esputaba sus rayos revitalizadores. Allí solían encontrarse el cocodrilo y el varano: las escamas verdes resplandeciendo de un ardor escarlata acompañaban sus charlas de secreto entre los silbidos de sus lenguas. Nadie se acercaba a esas horas a las aguas marítimas: el puerto era en ese momento terrible territorio de reptiles. Nadie, excepto el poeta. El poeta: desaliñado, despelucado, con la barba larga, la boina altiva y el librillo y la pluma, descendía sin miedo ni premura al territorio hostil. Él había sido

desterrado de su sociedad pues la improductividad de su profesión le reservaba un sólo lugar en el mundo humano: el del paria. -Ahí viene el poeta- dijo el varano con un susurro que hizo temblar su lengua bífida buscando su olor en el aire.

- ¿De nuevo el poeta?... ¿Qué buscará a esta hora?- respondió intrigado el cocodrilo.

- Busca alguien que oiga sus obras...

El varano abandonó la conversación con el cocodrilo y se deslizó lentamente hasta donde el poeta se sentaba a recitar sus poesías, el cocodrilo lo siguió con cautela.

- Yo quiero oír tus poesías- le dijo el varano.

El poeta ilusionado asintió y mientras recitaba sus escritos, construidos con tanto esfuerzo a través de los años, estructurados en largas noches de insomnio, redentores productos laboriosos de grandes catástrofes del espíritu, al ver que el varano y el cocodrilo lo oían dejó que un resplandor cálido le iluminara el alma, por un instante dejó de sentirse solo, dejó de sentirse un paria. Pero al varano lo atacó el hambre y su mandíbula envenenada de garfios se lanzó contra el poeta, le mordió el brazo, la pierna, la cara sangrienta, el poeta cayó enfermo, con fiebre, temblando al pavimento sucio. Ya era tarde: el cocodrilo también tenía hambre, de lejos se lo veía girando para arrancar del cuerpo inerte algún pedazo de carne. La soledad es brutal y es traicionera.

El Rincón de Cristiane



HETERÓNIMOS

Julián Granado Martínez

El cliente expuso su estratégico plan de viaje como si se zambullera en él, sin tomarse ni tan siquiera un respiro para los previsibles trasbordos.

-Desearía un billete para el próximo 7 de junio, miércoles, en el Rapide que sale al mediodía con destino a París. Me apearía a mitad de trayecto, concretamente en la estación de Poitiers. Donde aguardaría dos horas hasta el paso del siguiente Rapide que parte de aquí, de Toulouse, a las 14 horas. Para cuando yo lo tome allí, quiero disponer de dos asientos contiguos, y reservados hasta París: uno que ocuparé yo al subir en Poitiers; y el de al lado, que habrá sido ocupado aquí por otra persona, desde su salida a las dos de la tarde. ¿Me ha comprendido?

-Perfectamente, señor. ¿Alguna distracción que podamos proporcionarle, para sobrellevar ese par de horas muertas en Poitiers? –preguntó, muy servicial, la chica de la agencia, aún con la mirada fija en los horarios de ferrocarriles que le mostraba la pantalla.

-Eso es innecesario. Me basta con que esa persona y yo iniciemos por separado el trayecto, pero lleguemos juntos a París.

El requisito no era fácil de cuadrar, según dejaba entrever el incansable tecleo de la chica

-¿No les daría igual hacer el viaje separados? Misma fecha, quiero decir, aunque en trenes diferentes... O en asientos distantes entre sí, al menos.

-No –se opuso el hombre, categóricamente. Hasta el punto de atraer sobre él, por su enérgica negativa, la atención de la chica. Era un caballero “con cierto atractivo que no empañaba la madurez”, pensó ella en términos de literatura rosa; años atrás debió de ser incluso guapo-. Y no creo pedir en exceso. Ahí a la entrada se lee: “Onirix. La agencia de tu viaje soñado”. Se trata de que cumplan sin más con lo prometido –concluyó el individuo.

-Muy bien, cumpliremos –se avino la resuelta chica a complacerlo, volcada en cuerpo y alma sobre el teclado-. Habrá que cuadrar plazas disponibles, y horarios... Porque doy por sentado que la fecha es inamovible, claro está.

Sí, claramente innegociable. La empleada estuvo largo rato barajando componendas y posibilidades, sin darse por vencida, aguzando la mirada sobre aquella pantalla que, según se dice, con el tiempo llega a dañarte la retina. De hecho, se la veía obligada a usar unas gafas que no armonizaban con sus facciones aún juveniles..., si bien ya empezando a envejecer alrededor de los ojos. Un curso quizás y precisamente acelerado por aquel armatoste óptico de gruesa montura que le imponía su ingrata labor.

-¡Ya está! –exclamó al fin, alborozada por el triunfo de su profesional tenacidad.

Y la chica releyó los números de asiento y de los trenes apalabrados, a un clic de ser suyos –del cliente-pleno derecho.

-¿Contratamos también el regreso? –sugirió, tal vez ` porque estaba obligada a hacerlo y no por apurar cualquier resquicio, como pudiera pensarse, para incrementar beneficios empresariales.

-No –se negó el cliente, en su estilo rotundo-. La vuelta la dejamos abierta.

En el tono empleado se apreciaba cierta subyacente concesión a la esperanza. Pero la chica, muy discreta ella, se encogió de hombros.

-Como quiera. ¿Me facilita usted su nombre, para emitir el billete?

-Boulangier –respondió el hombre-. Rodolfo Boulangier.

-Bien –tecló la chica-. ¿Y la persona acompañante, cómo se llama?

-Bovary... -titubeó ligeramente el individuo-. Emma Bovary.

Fue entonces, como si la conversación bordeara terrenos ya más privados que los estrictamente comerciales, cuando la mujer suspendió su torrencial tecleo y se volvió de cara al cliente. Este no pareció notarlo, sin embargo, absorbido por otra cuestión.

-También deseo reservar alojamiento para dos personas. Mínimo un par de noches, en la Rive Gauche, no lejos de Montparnasse. Que sea un hotel confortable y tranquilo, no muy grande. Téngase en cuenta, además, que serán necesarias dos habitaciones: una individual para Emma, la cual no ocupará aunque figure a su nombre en el registro; y otra doble, que será la que ocupemos los dos. Consultando guías de París, yo había pensado en...

Diríase que hecha a toda suerte de peticiones, la empleada lo interrumpió con un gesto de su dedo, que separó del teclado.

-Permita, señor Boulanger. Si confía en mí, tengo el sitio ideal que usted busca. Déjelo de mi cuenta. Boulanger puso cara de imaginársela sin gafas, para poder así mirarla a los ojos. Y por su gesto, se diría que había etiquetado a la chica como "de confianza".

Luego pagó el importe, antes de retirar los billetes de tren junto con las reservas de hotel. Y salió de *Onirix, la agencia de tu viaje soñado*, sin hacer comentario alguno sobre el servicio, aunque visiblemente satisfecho con el recibido. Tampoco se había quedado con el nombre de la atenta chica. Aunque ella sí lo hubiera hecho con el número de móvil del cliente, como era por otra parte su obligación.

.....
La estación de Poitiers acumulaba el ingente tráfico que cabía esperar de un nudo ferroviario como aquel.

Descendió por las escaleras mecánicas al andén número 3, el reservado para los trenes Rapide con destino a París. O eso se leía en el luminoso, junto con la fecha, 7 de junio, y la hora, las 16,15. El Rapide procedente de Toulouse tenía anunciada su entrada en vías a las 16,35. Pero él hizo bien en bajar un cuarto de hora antes, porque a las 16,28 ya asomaba por el túnel el morro aerodinámico de la cabeza tractora.

Boulanger saltó a su vagón, el 05, con la feliz impresión de que todo iba bien, y ni siquiera le pesaba la liviana bolsa al hombro. Se dirigió sin pérdida de tiempo a los asientos 37A y 37B, disfrutando por anticipado con la emoción de encontrar a Emma sentada en uno de ellos, esperándolo.

La parada del tren fue en verdad un visto y no visto, y ya arrancaba de nuevo cuando Boulanger, trastabillando por el pasillo, alcanzó las plazas numeradas con el 37. Las encontró ocupadas por un agente comercial inmerso en su tablet, y un jubilado alemán que vociferaba con el móvil pegado a la oreja.

El viajero Boulanger se estremeció, a punto de licuarse en el propio sudor frío que le brotaba de la frente. Abordó a voz en grito al revisor que venía hacia él. ¡Aquello era intolerable! Había reservado esos dos asientos varios días atrás. ¿Por qué no se habían respetado dichas reservas? ¿Y adónde habían mandado, por otra parte, a la única pasajera que tenía que estar allí sentada?

-Ha subido usted al tren equivocado –le espetó, flemático, el empleado de la SNCF-. Sus billetes son para el número 3724 procedente de Toulouse. Y este es el 3718, que salió de Burdeos. Pero no se preocupe. También nos dirigimos a París, donde llegaremos cinco minutos antes que el Rapide de Toulouse. Solo que aquí no dispone usted de asiento. Tendrá que viajar en la plataforma. O en el vagón-cafetería.

Aún no había terminado de explicarse con el empleado cuando a Boulanger le sonó el zumbido del móvil. Mensaje de wasap. Un número de origen desconocido. Desconocido para uno de sus hemisferios, aunque la persona en cuestión no lo fuese para el otro. Algo bien extraño. Como si la identidad de dicha persona le sonase, por más que en el fondo no la conociese del todo. "*¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué no has subido en Poitiers?*", leyó.

Lejos de sentirse confundido, respiró aliviado, al comprobar que viajaban ambos en la misma dirección, y que apenas les separaban cinco minutos de vía férrea. Pero a la vez lo invadió la angustia de figurarse cuánto estaría sufriendo Emma, con dos asientos para ella y su soledad, en un Rapide que había tomado confiada en las intenciones de cierto individuo. Individuo que de nuevo le fallaba, habría pensado lógicamente ella. *"Error mío al tomar el tren. Afortunadamente subsanable. No ponerte nerviosa. Cuando llegues a París, estaré esperándote en andén"*, tecleó apresuradamente.

Tranquilizado por el par de emoticonos con que le respondió Emma, se fue al vagón donde pedir que le sirvieran un café. Que el traqueteo de la Alta Velocidad le impidió, por otra parte, tomar sin derramarse la mitad en la camisa. ¿Qué iba a pensar ella cuando bajara de su tren y lo hallase de esa guisa? Trató de figurarse la cara que pondría Emma, y entonces se percató de que, lo que se dice físicamente, no la conocía. No tenía ni la menor idea de cómo serían sus rasgos, su estatura, sus gestos, su olor... Ni lograría identificar a aquella mujer, aquella espléndida criatura que había aceptado acompañarlo a París, en un viaje no exento de riesgos ni consecuencias. Claro que el detalle del físico desconocimiento que tenía de Emma solo era eso, un detalle menor, una de tantas fisuras por las que hacía aguas su cuarteado cerebro, en algunos días o para algunos asuntos. Y además, que por encima de cualquier otra consideración, no podía volver a defraudarla...

Con ese propósito in mente trató de remendar aquella mancha de color, ocupante de lo que debiera ser el retrato de Emma, y en eso empleó el tiempo que tardó el Rapide en llegar a París.

Ya en la Gare de Lyon, se echó abajo a toda prisa y fue a situarse justo en el andén de la derecha, donde leyó que iba a hacer su entrada el tren de Toulouse. Mientras lo veía estacionarse, sintió que volvía a invadirlo el miedo de no reconocer a Emma.

Entonces la vio bajar, hizo algo de memoria y se dijo que no podía ser otra.

.....

Se abrió la puerta de cristales y la visitante se dirigió sin dudarle hacia la mesa de la chica. La empleada pensó si la había elegido por tratarse ella de la única mujer, que junto con tres hombres componían la plantilla de Onirix.

-Senechat. Inspectora –fue toda la fórmula empleada para presentarse. La recién llegada, de baja estatura y desdichada fealdad, resultaba no obstante convincente al identificarse, sin tirar siquiera de placa policial.

-¿Viene por algún viaje de trabajo? ¿De ocio quizás? –le ofreció sus servicios la chica de la agencia, solícita como siempre con la clientela, fuese cual fuese su género o condición.

Un ofrecimiento que la inspectora pasó sin embargo por alto, mientras se metía la mano en un bolsillo de la gabardina. Lo que sacó, en lugar de su identificación, fue una fotografía. Una de esas dobles que luego publica la prensa, de frente y perfil.

-Hace unos días estuvo usted con él en París, de miércoles a viernes.

"¿A qué vienes a preguntar, si sabes que sí?", se dijo la chica. Pero respondió con cara de no tener nada que ocultar.

-Claro que sí. Es Rodolfo Boulanger. Un encanto de hombre.

-Rodolfo... ¿qué? ¿Bajo qué nombre se le presentó?

-Boulanger. Es un heterónimo.

-¿Un hetero... qué? –la mueca clásicamente policial evidenciaba un absoluto desconocimiento en materia literaria, lamentó la chica de la agencia, obligada a explicarlo:

-Un heterónimo. Un nombre falso, extraído de algún libro. En este caso, de *Madame Bovary*, en la que Rodolfo Boulanger personifica al amante embaucador que le promete un rapto consentido a Emma, la protagonista. Una mujer casada y decente, harta de ser ambas cosas. En el momento de la verdad, Boulanger no se presenta, y la pobre Bovary se quedará compuesta, tildada de infiel y sin amante con el que fugarse.

-Aun salvando las distancias, no fue el caso de usted, entiendo –aventuró la policía Senechat-. Nuestro Boulanger sí acudió a la cita de París. ¿Tuvo usted que hacer de madame Bovary para él?

-Lo hice –afirmó orgullosa la chica de la agencia-. Le di más incluso de lo que él esperaba. Porque pude. Y no todas pueden, créame. Lo que ocurre es que yo, cuando me quito estas gafas y me arreglo un poco, gano una barbaridad. Además, Boulanger me valoraba mucho, desde el principio. Adoptó todas las precauciones para que mi marido, el señor Bovary, no sospechara ninguna fuga por amor si alguien le contaba haberme visto tomar, sola, el tren en la estación de Toulouse; o si descubría en qué hotel de París estaba alojada, y llamaba para comprobar si yo compartía habitación con otro hombre.

-Pero usted no está casada, según hemos comprobado –Senechat era famosa en su comisaría porque no entendía ni de chistes, ni de ironías ni de dobles sentidos-. Dígame, ¿en algún momento sintió usted miedo, a causa de Boulanger?

-¿Miedo? ¿Por qué? En cuanto nos hubimos quedado a solas, en la habitación, no hizo otra cosa que ayudar a desnudarme. Luego se estuvo contemplándome, arrobado. Durante el viaje en el Rapide me había bajado la regla y no hicimos nada esa noche. Ni en la siguiente tampoco. Pero eso no nos apenó. Estuvimos paseando por París como dos enamorados, y la despedida fue muy emotiva. Romántica a más no poder. ¿Qué miedo iba a sentir? Con la ventaja de que, siendo como soy soltera, ningún marido burlado me iba a pedir cuentas de aquella breve fuga. Por cierto, ¿no le interesaría una escapada de *weekend* a París? Se la recomiendo...

La inspectora hizo una pausa efectista antes de informar a la chica.

-Sepa usted que ese Boulanger, o como se llame ahora, es Jacques Jonasz. Estuvo recluido durante ocho años en el Hospital Penitenciario de Clermont-Ferrand. Luego violó la condicional y se deshizo de la pulsera localizadora, para escapar a Toulouse. Aquí le perdimos la pista, que solo hemos recuperado gracias al viajecito que hizo con usted. Eso siempre deja rastro, y nos ha permitido echarle el guante.

-Y dígame, ¿por qué razón estuvo cumpliendo condena?

-Asesinó a su esposa, por una supuesta infidelidad que no llegó a demostrarse. En aquel proceso, el heterónimo (es así como se dice, ¿no?) empleado por Jonasz fue el de Dr. Charles Bovary.

Senechat concedería luego un minuto para la digestión de su relato. La heterónima Bovary se había quedado en silencio.

-Ese individuo padece un trastorno que le hace saltar de un personaje literario a otro. Del doctor Bovary a su esposa, recalando en Papillon cuando se dio a la fuga. Quién sabe por qué peligrosa imitación le dará en el futuro. Debe reingresar, y en prisión, a la máxima brevedad. Irrecuperable como es, volver a un régimen hospitalario le servirá de muy poco. A él y a la sociedad, especialmente a la femenina, dados sus antecedentes. Ahora todo depende de usted. De su testimonio inculpativo. De que... impresione al juez, vamos. ¿Qué me dice?

La chica respondió que necesitaba un par de días para pensarlo.

Pero después de dejarla, con la mirada perdida ante la pantalla del ordenador, la inspectora Senechat sabía sin embargo que su decisión ya estaba tomada. Como sabía, por referencias, que *Madame Bovary* era un libro muy denso. Aunque no que pesara tanto.

Visite la web del editor
escritordaniel.es

El Bonito

Mi padre había comprado aquel barco en el '35. Ya tenía 15 años pero se veía nuevo, tanto, que impactaba desde lejos, mezclado entre otros barcos tan bonitos o más que él. Precisamente "Bonito" se llamaba este barco donde pasé gran parte de mi vida, y esta belleza, en gran medida, producto del cuidado de su primer dueño, fue lo que decidió a mi padre a comprarlo ni bien lo vio.

Pero su belleza ocultaba un defecto que después resultó evidente. Para solucionar este defecto intentó hacerle arreglos en un par de oportunidades. En la primera, pareció solucionarse el asunto y "el viejo" sonrió satisfecho luego de botarlo nuevamente. Pero con el correr de las semanas el problema resurgió.

Pasó el tiempo y, mientras intentaba soluciones caseras para mitigar el defecto, pasaba de momentos eufóricos, al haber creído llegar a una solución definitiva, a decepciones que lo mantenían en silencio y con la mirada gacha por horas. Luego su carácter optimista lo llevaba a encontrar una buena excusa para tener fe y con la mirada puesta en el futuro nos reconfortaba con palabras de aliento.

Así pasaron unos años hasta que decidió volver al astillero para encarar una mejor reparación y terminar de una buena vez por todas con algo que no debía ofrecer tantos inconvenientes.

Habló con Gabino, el maestro carpintero que lo había hecho. Este era un hombre parco que ya contaba con suficiente edad como para retirarse y siempre amenazaba con volverse a Paraguay, su tierra natal. Parecía

molestarse ante las preguntas de mi padre, y nunca tuvo una palabra de afecto para con el Bonito, a pesar de ser obra suya. Pero era muy buen carpintero, por lo tanto, papá toleraba sus desaires haciéndose el tonto ante sus comentarios desagradables.

Yo no sabía, a ciencia cierta, en qué consistían los arreglos de Gabino. Lo cierto es que en las dos oportunidades en que le dejó el barco, la solución del tema fue sólo por pocas semanas, al cabo de las cuales, poco a poco, fue reapareciendo el problema hasta volver a la situación original.

No había con quien consultar. El dueño anterior había fallecido y Gabino respondía con monosílabos. Finalmente, mi padre se resignó a abandonar todo intento de cambiar las cosas y se conformó con navegar en su querido barco a pesar de su defecto. Dijo que "trataría en adelante de adaptarse él al barco y no adaptar el barco a él". El destino así parecía quererlo y como nos decía comúnmente: "¿si papá se rompiera una pierna y quedara rengo para siempre, no jugarían más a las cartas con él... no le darían más un beso?"

Mi viejo tenía esas cosas... uno no encontraba algo más importante para decir y terminábamos sonriendo para reconfortarlo.

El "Bonito" sufría de una *escora*¹ crónica a estribor. Este era su problema y, no es que en navegación lo afectara tanto, puesto que de cierta inclinación no pasaba pues era muy pesado, sino que, al tener palo, por leve que fuera la escora, se notaba en la amarra, tanto, al menos, como para haber preocupado a mi padre por años, hasta que se cansó de insistir con una solución.

Siempre bromeaba diciendo que nadie compraría un barco con tal defecto y

¹ Inclinación del barco hacia una banda.

que entonces serían inseparables hasta el fin de sus días.

El tiempo pasó y, al morir el viejo, heredé el barco y volví al astillero con el fin de retomar los arreglos para solucionar la escora crónica.

Gabino ya no estaba. Se había vuelto a Paraguay y no se sabía más nada de él. Su segundo, “Don Carmelo” se había quedado con el galpón y algunas herramientas. El astillero ya no era el mismo. A pesar de conservar unos cuantos clientes, había decaído mucho; aunque era mucho más divertido ahora. A Don Carmelo le gustaba charlar, tomar caña y mate y, sobre todo, hablar de barcos, igual que a mí.

Cuando me vio llegar, después de tantos años, se alegró mucho y me recordó muchas de mis andanzas, algunas de las cuales ya me había olvidado.

Nos sentamos a charlar en la galería de su casa. La conversación duró horas y suspendimos el diálogo sólo porque, paternalmente, me aconsejó no volver de noche.

—¿Para qué querés arreglarlo? Hacé como tu viejo que fue un hombre sabio.

Me contó que nunca había participado del arreglo del Bonito. En las dos veces que lo habíamos llevado más unas anteriores del primer dueño, el mismo Gabino había hecho los trabajos y nunca quiso intervención de nadie, aclarando expresamente en el taller, a todo el mundo, que nadie se metiese con el barco.

- Al Bonito no lo cura ni la Vicenta — dijo Don Carmelo meneando la cabeza.

La Vicenta había sido la mujer de Gabino, o algo así. Ella no se había vuelto con él al Paraguay. Era mucho más joven que él y decidió quedarse en la isla, “porque era su tierra” según le

dijo días antes de la partida. Nunca más se vieron.

Se había mudado sobre al canal De La Serna, a una casucha pobre y se había dedicado de lleno al curanderismo, una actividad que yo ignoraba en ella, pero por la cual era conocida por todos. En aquel momento recordé entonces que, siendo chico, una vez, me había tirado el cuerito. Esa había sido la única vez que mi madre había visitado el astillero. La casa de la Vicenta, lindera al galpón, no había quedado sola. En ella vivía ahora su hija, Analía, con quien jugaba yo de chico cuando íbamos allí.

Abandonada por su pareja hacía dos años, y con un par de hijos, languidecía, sin pena ni gloria, en aquel lugar lleno de recuerdos y escaso de futuro.

Al verme, casi al final de mi visita, se alegró, y yo también.

—¡Tenés al Bonito todavía! Torcido y todo sigue siendo lindo ¿no?

—Vuelvo la semana que viene y charlamos ¿Doña Vicenta te enseñó cómo hacía las tortas fritas?

—Vení que hago unas cuantas y charlamos.

Volví a la semana, como había prometido y esta vez me dirigí directamente a la casa de Analía.

Conversamos por horas de todos los temas y, entre ellos, de mi preocupación por la escora del Bonito. Ella me dio a entender que no era cuestión de sacar o poner madera, había algo más. Me dijo literalmente: “...ese barco tiene un problema emocional”.

Le respondí escépticamente y le dije que no dijera pavadas, que ya estábamos grandes para creer en el cuco.

—Vos no sabés, no entendés. Tenés que ir a ver a mi vieja.

—Pero Analía, acá es una cuestión de pesos y nada más. A tu viejo este barco

no le gustaba y, no sé porqué, mi viejo insistía en traérselo a él para que lo arreglara ¡Si siempre pasó lo mismo! Lo arreglaba y a las semanas, ¡puf! otra vez.

—Yo escuché una conversación una vez... no sé, no te voy a decir cualquier cosa. Andá a ver a mi vieja y contale.

Analía me convenció y fui a ver a la Vicenta.

Se alegró al verme, como todos en la isla, pero no me dijo mucho. Sólo me dio un par de instrucciones. Me dijo que lo que tenía que hacer era vincular una banda con la otra, pero con la misma madera de estas. No importaba si sacaba una tabla de una banda o de la otra, pero debía ser de alguna de estas dos, y tenía que ponerla de tal forma que ambas bandas estuviesen comunicadas a través de esta, que siempre se tocaran recalcó con insistencia.

- Tienen que tocarse siempre porque eso es lo que les falta. Están separadas por *crujía*², *mamparos*³ y *cuadernas*⁴, todos de maderas distintas. Las bandas tienen que tocarse entre si con la misma madera de las bandas —insistió hasta el cansancio.

Resignado y sin una solución mejor, volví al astillero y le encargué el trabajo a Don Carmelo, que no vio con buenos ojos el tratamiento de la Vicenta, tal vez, porque sintió que se metía en su terreno y, además, porque sonaba algo ridículo.

—Si querés te pongo un ajo en el compartimiento de popa —me dijo socarronamente.

² Línea que divide longitudinalmente al barco en dos mitades.

³ Tabiques verticales que dividen interiormente la cabina del barco.

Como el trabajo llevaría poco tiempo y a mi me gustaba ir, y además no tenía apuro, decidí sacar el barco a tierra y, además, hacerle el fondo.

Una vez a la semana Analía me esperaba con una sonrisa y una bandeja llena de tortas fritas que devorábamos los dos solos en su ranchito.

Fueron días muy felices, a tal punto, que llegué a olvidar el motivo por el cual había vuelto al astillero después de tantos años. Don Carmelo también estaba feliz y estiraba el trabajo al ver a Analía sonreír nuevamente. Pero el trabajo un buen día terminó y hubo que echar el barco al agua nuevamente. Fue un momento de gran emoción en el que todos estuvimos expectantes.

¿Escorará⁵ o no escorará? Nos preguntábamos.

El Bonito volvió a bajar la rampa sobre aquella ruinoso *anguilera*⁶ que crujía y se quejaba como un torturado. Poco a poco descendió hasta que el empuje del agua lo hizo flotar nuevamente.

Cuando estuvo completamente libre de la anguilera y lo vimos flotar nos miramos los tres sin decirnos nada, El primero en hablar fue Don Carmelo que recordó todas las cosas que me había dicho cuando le conté lo que la Vicenta recomendaba hacer. Analía no dijo nada y me tomó de la mano. Y yo, no supe qué decir porque no sabía si estaba más triste por el resultado o porque pronto ya no tendría excusas para estar allí una vez por semana. Lo cierto es que el Bonito seguía escorando igual que antes.

Pagué, les agradecí, les di un beso a cada uno y me fui al canal a esperar a la

⁴ Maderas que sujetan transversalmente las tablas de las bandas del casco del barco.

⁵ Inclinar hacia una banda.

⁶ Estructura sobre la que se apoya el barco para echarlo al agua.

colectiva que ya estaría cerca. El barco quedaría allí por una semana más para controlar que no hiciese agua.

A la semana volví para llevarme el barco y Analía me dijo que para ella se estaba enderezando.

Miré el *escorímetro*⁷ y vi que marcaba unos grados menos. Le di unos golpecitos y marcó distinto.

—¿Viste? de esto no te podés fiar —le dije mostrándole cómo cambiaba la marcación a cada golpecito.

Analía se puso mal, se le notaba en la cara y yo no hice nada.

Subí al barco y me fui lo más rápido que pude.

A la semana siguiente, ya en el club, cuando volví al barco nuevamente y vi que se había reducido la marcación una rayita más, de la que había marcado en la isla la semana anterior, me pregunté si Analía no tendría razón. Pero luego me dije a mí mismo que no podía ser y no le di importancia. A la semana siguiente pasó lo mismo y tuve que reconocer que, lentamente pero sin pausa, el Bonito se enderezaba con el correr de las semanas.

Volví al mes al astillero para contárselo a Don Carmelo y a Analía. Ella me recibió con mala cara y reproches.

Les dije que miraran el barco que ya casi había recobrado la vertical y Don Carmelo puteó a la vieja Vicenta, ligándose un codazo de Analía que le ordenó ir a buscar la caña para festejar.

—Bueno, tenés que ir a contárselo a la Vicenta che —me ordenó Don Carmelo.

Y con gusto fui esa misma tarde.

Le dije a la Vicenta que nobleza obligaba pedirle disculpas. Que en ningún momento creí que su solución, tan simple, pudiera tener éxito y que quería saber porqué se había enderezado el Bonito.

—Bueeeeno... no importa muchacho, ya está...

Yo insistí.

Vicenta hizo un largo silencio y continuó.

—Mirá, te conozco de pibe y sé que sos buenazo... y como me hiciste caso, te voy a contar la historia.

Un día, hace muchos años, cuando Gabino aun vivía en Paraguay, tuvo la suerte de ganar una buena suma de dinero jugando a los naipes en el boliche de su pueblo.

El perdedor, con toda la rabia que su corazón podía albergar, le dijo que era muy afortunado en el juego pero que en el amor era un desastre.

Parece que estas palabras calaron hondo...

El viejo le clavó la mirada y le dijo que se explicara y este le contestó que no se hiciera el desentendido, que todo el mundo sabía lo que pasaba.

Se hizo un terrible silencio y Gabino le ordenó que hablara o que saliera a la calle. El hombre, despechado, le dijo que todo el pueblo sabía que su mujer se veía con el hijo del herrero.

Gabino, desconcertado, no supo qué hacer y buscó la mirada amiga de su vecino que estaba acodado en el estaño y este bajo su cabeza por la vergüenza ajena que lo embargaba.

Para terminar, el hombre agregó que se encontraban habitualmente en “la parejita”.

“La parejita” eran dos árboles, que estaban en el monte, casi entrelazados, y resultaba un buen lugar para enamorados furtivos.

Ahí no más, se fue corriendo y los encontró. Trató de matar al hombre con un palo, pero este muchacho, acostumbrado al trabajo pesado, con

⁷ Aguja que mide la inclinación del barco.

dos golpes dejó a Gabino tirado en el suelo y medio desmayado.

El pobre no soportó la vergüenza de aquel engaño, que había sido público, y decidió irse para siempre pero antes hizo talar a “la parejita”. La cortó en tablas, las embarcó en su chata y abandonó su pueblo para siempre.

Estos dos árboles crecían siempre en pareja. Uno tenía flores masculinas y el otro femeninas, según me explicaron.

Gabino hizo un barco con las tablas de “la parejita”, poniendo las del árbol masculino a una banda y las del femenino en la otra, y se cuidó bien de que en ningún lugar se tocasen las tablas de ambos árboles. Así, a su manera y en secreto, intentó vengarse echándoles una maldición.

Bueno... no tan secreto, porque un día que entró medio picado al rancho, me lo contó y me pidió que nunca revelase el secreto a nadie. Yo nunca lo hice porque, aunque sin conocerla, aprendí a odiar a esa mujer que aun era dueña del corazón de mi hombre.

Con el tiempo el barco empezó a sufrir una inexplicable escora. De esta manera supo el viejo zorro que su maldición había hecho efecto. Al sacar una de las tablas de la banda que se elevaba se dio cuenta que había perdido parte de su peso. Él me dijo, que el alma de los amantes estaba ahora en esas tablas, que la banda femenina parecía estar consumiéndose. Que había puesto a estos amantes muy juntos y enfrentados para siempre, pero sin la posibilidad de tocarse, para que se desearan eternamente y sufrieran más que lo que él había sufrido.

Cuando le traían el barco para enderezarlo, lo único que hacía era tomar una tabla de aquel árbol, que guardó celosamente toda su vida, y ponerla de tal manera que tocara las bandas. El barco en pocas semanas se enderezaba y él disimulaba el truco agregándole a babor algunas tablas de

más y diciendo cosas que nadie podía entender.

Eso es todo muchacho.

Me quedé callado un rato pensando en toda esta historia. Encendí con parcimonia un cigarrillo y miré hacia el río para ver el barco a través de la puerta entreabierta, mientras la Vicenta miraba el piso en silencio como esperando algo.

El río se había detenido. Ya no crecía... ¡ni que se hubiese parado a escuchar él también la historia!

A la tercera pitada, viendo que era yo el que debía retomar, le pregunté:

—Vicenta... ¿porqué calló durante tanto tiempo... porqué se le ocurrió largar todo esto recién ahora?

Vicenta contestó lentamente, tomándose su tiempo como quien se confiesa.

—Ts... mirá... ya estoy vieja... y no soy la misma de antes ¿viste? He pensado mucho en el asunto... y en los últimos tiempos cambié un poco.

No sé... me parece que el amor siempre merece una oportunidad.



TODO ESTÁ POR TERMINAR (I)

Elena Bravo Delgado

Todo está por terminar, pero... ¿qué significado tiene terminar?

I
Sentada en el porche inconcluso de la casa familiar, me volvían a albergar las dudas y la ansiedad por terminar las reformas de la que fue la casa de mis abuelos. No fue hasta hace un par de años que comenzó a despertarse en mí un interés real en esta propiedad. Aún no sé si derivado de la enfermedad de mi padre o simplemente esa intuición que agradezco en los quehaceres diarios, pero algo me incitó a comenzar el proceso.

Terminé mis estudios de arquitectura en Coruña en el 2011, malos años para profesar la arquitectura en nuestro país, pero con la perspectiva que me otorga el tiempo, buenos años para adquirir una experiencia vital. Era imposible para mí ejercer mi amada profesión en aquel momento de crisis económica, en la que ni los veteranos con experiencia y galones podían casi subsistir. ¿Dónde iba una recién titulada, sin idea de lo que significaba el ejercicio profesional...? Pero ello no me permitió rendirme, esa palabra creo que no existe en el vocabulario que empleamos en mi familia, la dificultad mi dio alas y comenzó el juego. Cada día era una aventura, consultaba la página web de anuncios de trabajo de mi comunidad autónoma, otras redes, ofertas del periódico... hasta barajé la posibilidad de irme al extranjero, aunque mis lazos familiares ya pesaban más que un ancla, cinco años fuera estudiando habían sido suficientes por el momento. Al principio trataba de ser selectiva en mi búsqueda, pero al final solo quería un sustento, ya habría tiempo para trabajar en arquitectura, creo recordar que hasta me postulé para tarotista... (hoy agradezco no haber sido seleccionada); lo que fuera con tal de lograr mi independencia económica y no tener que seguir pidiendo dinero en casa.

Analizándolo, en repetidas ocasiones, creo que ese fue uno de los incentivos principales para lograr, al menos hasta la fecha, poder vivir de la arquitectura. Procedo de una familia humilde, mi

padre fue taxista y mi madre dependienta; nunca tuvimos un colchón económico, pero también puedo decir que nunca me faltó de nada. Mis padres se dejaron la piel (y la vida) en mi formación, y de algún modo creo que, por ello, siempre me sentí en deuda con ellos. He de admitir que se trata de esa clase de deudas que no ahogan, más bien me enorgullece poder tener la capacidad de devolverles todo aquello que me han dado, bien sea en forma de recursos o de mi tiempo; éste último el bien más preciado hoy en día.

II
Recuerdo marearme un poco en el trayecto, no sé si de verdad o un poco predispuesta por la queja habitual de mi madre cada vez que íbamos al pueblo. He de decir, que ella pocas veces nos acompañaba, de hecho, aún conservo una fotografía delante de la puerta principal de la casa de mis abuelos, en la que se puede observar que, visto una zapatilla de cada modelo, prueba más que fehaciente de que mi madre no había acudido ese día. Me había mareado en el viaje y había vomitado, y mi padre, como hombre práctico, únicamente me había cambiado la zapatilla que se había manchado. Aún nos reímos hasta el llanto cada vez que hablamos de esa foto y de ese día. Aquello era toda una aventura para mí. Íbamos mi padre y yo, en el taxi que servía de sustento a mi familia, pero ese día fuera de servicio; por carretera nacional, aquellas carreteras de hace más de 25 años... escribiendo estas líneas soy otra vez más, consciente, muy habitualmente en los últimos tiempos, de lo rápido que transitan los años...



RECUERDOS DE OTRA VIDA

Miguel Ángel Rupérez



Mi casa es de madera, una especie de cabaña grande. La chimenea encendida mantiene el ambiente cálido, nos protege del viento que, afuera, sacude los árboles y silba; el aroma del leño ardiendo es el olor de mi niñez. El chisporroteo del fuego se ve interrumpido de forma intermitente por el ruido de la vajilla que mamá lava en la cocina; el clima es acogedor, aunque en ese momento no conozco todavía el significado de esa palabra. Siento tranquilidad. Estoy sentado en la alfombra gastada y redonda, jugando con los muñecos; tendré unos cuatro, cinco años. Ni mamá ni yo hablamos; cada uno está concentrado en su tarea, ella, quizás, también pensando. Aunque no hablemos, siento su compañía, y eso me da seguridad. Se escuchan pasos afuera, inconfundibles. La puerta rechina y se abre: es papá que entra con su camisa de cuadros, sus botas embarradas y su escopeta. Al abrir, entra viento. Carga un ciervo pequeño en los hombros.

El campo es mi lugar, me da sensación de libertad. Hace quince años que lo recorro cada día, me lo sé de memoria: conozco cada árbol, los nombres de todas las plantas, la altura de cada llanura, sus escondites, sus ruidos, el lenguaje de los pájaros. No tuve hermanos. Me gusta ir a la montaña pequeña, algo alejada, para sentarme en mi tronco y contemplar el atardecer, en silencio y solo. Allí es donde ahora siento tranquilidad, y en ningún lado más. El sol, sin presura, se derrite como hierro fundido entre dos montes. Sus últimos rayos iluminan con mayor intensidad; todo se vuelve naranja y brillante y hermoso por un breve lapso, como dando la despedida al día antes de apagarlo. El sol desaparece y la temperatura baja. Me quedo allí tanto como puedo, lo que aguanto, y cuando tirito de frío, vuelvo. Al final, siempre tengo que volver a casa. Me guste o no. La mayoría de las veces, no me gusta. Hace tiempo dejé de luchar. De enfrentar, de defender. Quisiera irme lejos. Por ahora, lo más lejos es la montaña pequeña.

Estoy sentado en el tronco, esperando a que el sol se esconda, jugueteando con una ramita. Escucho pasos: es nuestro vecino, y lo noto nervioso. Llora. Intenta hablarme, pero no puede. Lo miro pacientemente y, aunque no diga nada, sé lo que me quiere decir. Su cara lo expresa. Me transmite la noticia fatal en un balbuceo infantil y entrecortado. Intenta contenerme, pero yo salgo corriendo mientras el sol resplandece en un intenso color naranja, y luego desaparece.

En mi cabeza resuena un pitido constante, eco de vacío, y escucho —creo— gente hablando en susurros, murmurando. Gente que pasa, que me viene a consolar, que apoya su mano en mi hombro. Yo no siento nada, aunque sé que, probablemente, experimento dolor. Un insoportable dolor que se guarda no sé dónde y se endurece quién sabe por qué. Llevo el pelo sin peinar y la barba crecida de varias semanas; tendré unos veinticinco años, y estoy frente a dos ataúdes que me gritan la palabra «huérfano» una y otra vez. Huérfano.

Suena raro, ¿yo, huérfano? No tuve hermanos. Ni amigos. La gente que me palmea la espalda, que me abraza, es gente a la cual le doy pena. No siento nada por ellos ni por nadie. Ni siquiera por mis padres. Tal vez, algo por mi madre.

Quisiera irme lejos, dije una vez. Y me voy, sin decidirlo, sin que nadie me obligue. Me voy. Vendo la casa de madera y me compro un barco, también de madera. Navego por años, en esta, mi nueva casa. El campo

es ahora una gran masa de agua; las montañas, pequeños oleajes. Me alimento de la pesca y, supongo, que de algo más. Tampoco sé —recuerdo, sería lo correcto— cómo consigo el agua que bebo. Probablemente, vuelvo cada tanto a las costas para abastecerme de lo necesario. Quizás, vendiendo lo que he pescado. Mi vida transcurre en el barco y en el agua, que podría ser un río, o un mar. No estoy seguro.

Navego el resto de mi vida. Con rumbo y sin él. No sabría decir por cuánto tiempo, pero soy un hombre adulto que se va haciendo viejo, cada vez más viejo. Siento tranquilidad; quizás la misma que sentía viendo el atardecer sentado en el tronco, o en la alfombra jugando con mis muñecos. No, no es la misma.

Llevo tres días acostado en la cama de mi viejo camarote, no puedo levantarme. La tos es fuerte, continua, y sudo sin parar. Moriré, lo sé; estoy viejo. Sigo tosiendo, me falta el aire, no puedo respirar. Voy a morir; pero no siento desesperación.

Estoy saliendo de ese cuerpo flaco, arrugado y marchito. Nada me ancla a él. De esa vida ya no hay nada más por ver ni a lo que quiera aferrarme. No hay pendientes. No queda nada por añorar, ni siquiera nostalgia por los recuerdos. Nadie quien me vaya a echar en falta; nadie a quien despedir. La tos cede y los ojos quedan abiertos, pero el cuerpo se desvanece; el barco sigue avanzando a la deriva, por pura inercia, pero... ¿qué importancia tiene? Salgo despedido a toda velocidad hacia arriba, casi huyendo, como una burbuja buscando la superficie. No me da tiempo a observar los detalles de la transición. Cuando estoy lejos, miro hacia abajo; el barco se vuelve cada vez más y más pequeño, hasta que la distancia se vuelve oscura y yo, liviano, ya no siento necesidad de mirar hacia ese lugar,

HIELO EN NUESTRA CAMA

Atravesé la maleza de cada recuerdo
aún a sabiendas de que escondían
la noche más oscura,
abandoné mi corazón en el erial
de una vida muerta, en penumbra.

El dolor siempre marca una tragedia
tras un día que albergó tres inviernos,
un último verso derrapa entre mis manos
como el más oscuro presentimiento.

La vida se arrodilla en el suelo
y me regala una sonrisa que me amordaza,
desafía mi cordura, me rompe el vuelo
abandonando mis alas en la estacada.

Atravesé la barrera de este desierto
abrasando mis sueños sobre la nada,
sabor de que ya no te tengo
que solo hay hielo en nuestra cama.



Anne Readheart

TÚNELES Y COLMENAS

Es un hormiguero, literalmente.

Me trajeron cuando caía el sol, en el horizonte parecía que una ciudad ardía, como la Roma de Nerón.

Yo que hasta ayer estaba con ella, ahora me encuentro a punto de ingresar en esta mini sociedad que tiene reglas, montículos, túneles, horarios y jerarquías.

Los encargados del hormiguero cuidan que cada hormiga realice su labor, llevando y trayendo tierra, ramas, agua, tronquitos y armando los túneles que hacen el escenario donde se desenvuelven.

La tierra caliente como el sol me hace recuerdo que no es un sueño; la arena en mis mejillas enrojecidas rasmilla mi quemada piel que se va tornando oscura tal como los granos del café.

Veo a algunos recién llegados que observan cómo funciona el hormiguero, son amaestrados por quienes llevan el orden y conducen los rituales en este sistema reducido de la complejidad a su simpleza en cuanto a su función y a su capacidad de existir y de sobrevivir ante el clima, los enemigos, los depredadores y ante ellos mismos. Su color cada vez más oscuro, como en degradé, evidencia que mientras más tiempo están aquí, más hormigas se vuelven.

La jerarquía y el orden están tan bien establecidos que todo funciona automáticamente, el hormiguero es un relojito. Yo siento que el bigote me crece más y me sale más grueso, como si fueran antenas o pinzas.

Intento comunicarme, pero aquí no entienden mi lenguaje, lo olvidaron; de sus bocas salen sonidos que parecen murmullos en “S”s y “T”s y se entienden también con gestos, en un lenguaje con los dientes y la saliva, chirridos. Acatan órdenes y las ejecutan sin cuestionar. No conversan. Los recién llegados, anteriores a mí solo copian sus maneras y hacen lo que ellos hacen, sin saber para qué o por qué.

Cae la noche, el cielo titilante y una luna de metal pintan un azul marino en la cúpula que al reflejarse en un charco de agua me hacen sentir solitario como el planeta.

En el alfiletero que me metieron al fin pude dormir y soñar.

En mi pernocte pude volver a unos días atrás, recordando que antes del hormiguero quería ser un cóndor andino, pretendiendo observar desde la cima de mi montaña resquebrajada y solitaria como vivían patéticamente los demás y a mis precipicios, quería llevarla.

Ella había dejado la crisálida hace no mucho y en mi viaje onírico volví a su metamorfosis, a cuando sus colores me embriagaban y tornaban mis pupilas gigantes como faros que brillaban al caer en el fuego de su mirada.

Por obstinado, por querer llevar a una mariposa a la cúspide de mis nevados, caí en el hormiguero.

A la mañana siguiente, oí a los pocos que todavía se les entiende que uno tiene pocos días antes de volverse obrera, ya lo notaba.

Le pregunté a uno de ellos qué era lo que pedían cuando dormían.

Me dijo, algo más valioso que el oro.

¿Qué es? Una oportunidad, contestó.

Al vivir aquí uno se da cuenta que los días son diferentes, como intercalados; un día una sola actividad y al siguiente, otro único movimiento; igual con la alimentación, un día líquido y al otro sólido.

Debo apurarme.

El tiempo aquí no les importa, dejó de ser mi amigo, el mismo que me había otorgado la bendita condena de Dorian Gray, hoy se me averduga, poniendo mi cuello en la guillotina de su transcurrir que cae lenta y rápidamente a la vez, ambivalentemente.

Mi primo también quería ser un cóndor andino, pero se hizo fuego sin ser fénix.

¿Cuánto tiempo será?

¿Qué pasará mientras tanto en los jardines donde ella habita?

Hoy llegaron unas abejas con noticias, primer avistamiento de vida libre desde que llegué, en sus colmenas analizarán muestras de mi polen para saber si podré volar.

Ya no volvieron más y el sol, no deja de subir y de bajar.

Hay días que en su cumbre todo está calmado y los engranajes de este laberinto pareciera que se detienen; otros días se aceleran a toda máquina, como el infierno.

Mientras el tiempo se va consumiendo, veo mis brazos diferentes con pelos más oscuros, como ramificaciones que se engrosan y veo a su vez como voy adquiriendo la vitalidad del bicho que sobrevive en este entorno.

En el espiral del hormiguero, voy conociendo como eran antes las obreras y cuáles eran sus sueños; ninguna quería ser hormiga, todas querían sus propias alas, sin pensar en las consecuencias que implicaba el conseguirlas a cualquier precio; lentamente el hormiguero las absorbió y las hizo sus hijas.

La recordaba hoy, evocando el elixir de su aleteo que inventaba juegos en mi cabeza con preguntas sin respuestas que me hacían pensar en los dibujos de su inteligencia sublime y pura, era el licor de su presencia que vertiginosamente giraba y giraba en mi inconsciente de ojos de vidrio bien abiertos y distantes y sumergidos en su locura.

Me llamaron hoy a la superficie y ahí estaba ella, tras una línea de troncos convertidos en llamas ardiendo que separaban su venteo de mis chirridos.

Me trajo polen, sólo la admiraba, mientras me contaba que fue a la colmena a preguntar a las abejas que ocurre conmigo, pero las mariposas y las abejas no hablan el mismo idioma, no les gusta el arcoíris de su presencia y quieren que piense como ellas. Me dejó sus moveres, sus aromas, su candor. Me dejó su mirada que miraba lo mismo que yo. Me hizo recordar como éramos antes del hormiguero. Poco a poco me importa menos la colmena y espero más la brisa que la traiga.

Recuerdo mi obstinación, ahora lejana, de como quería tener alas de cóndor y desplegar mi envergadura ante todos. Tan obstinado era que una vez al querer alcanzar una cúspide casi me despeñé desde un risco y mi padre tuvo que rescatarme desafiando el aquelarre de las brujas que me acechaban. Ahora todo eso ya quedo atrás.

¿Cuán equivocado estaba! Había alistado todo para ascender a una cúspide lejana y había abandonado casi todo por esa errónea idea hasta que conocí su aleteo, y paré, luego quise llevarla conmigo y en eso la lastimé.

Hoy me veo y estoy café como una hormiga, jamás fui un Condor. ¿Qué soy?

Desperté en uno de los túneles que me dieron para vivir y estoy más oscurecido que nunca, peor aún, estoy enraizado y no puedo moverme, mis extremidades se clavaron a la tierra y se adhirieron con fuerza absorbiendo el agua de su alrededor y mis antenas crecieron tal cual ramas, amanecí como un árbol.

Así el roble se hizo roble y hoy en la madurez de su experiencia acoge a la mariposa que habita a su alrededor. Él la observa admirando su belleza mientras le da respaldo y sombra y Ella vive en él, desplegando su aleteo y su aroma en ese entorno que con amor crearon.

Para Mayte



Javier Cristhian Ventiades Morales

TRAVIESO

I

Mi alegría ha despertado
estoy volando muy alto
la tempestad ha amainado
me despertó un sobresalto
hubo rayos de colores
aroma a flores, café
y aunque hubo tiempos mejores
nunca he perdido la fe.
Procuro mi mejor verso
busco inquieto el equilibrio
intento escribir un libro
ando en mi vacío inmerso
pero cuando estoy contento
ningún obstáculo vale
mi mente está que se sale
día soleado y con viento.
Felicidad absoluta
mariposas aleteando
yo entre murmullos cantando
voy recorriendo mi ruta
llego una tarde a tu puerta
te encuentro limpia y muy guapa
un suspiro se me escapa
mi deseo por ti despierta.

Y con él mis días felices
mis sonrisas de verano
me encanta lo que me dices
voy al agua de tu mano
y no es el mar, es piscina
pero bueno, algo es algo
y aunque tú seas divina
muero de frío y me salgo.
Las ganas se me alborotan
tienes en vilo a mi amor
los recursos se me agotan
no te vayas, por favor
yo puedo hacerte feliz
estoy seguro de eso
si buscas solo un desliz
yo soy un chico travieso.

II

Me alegras, me fortificas
eres mi mayor deseo
me atraes, me clarificas
floto en dicha si te veo
me reconfortas, me sanas
quiero dormir en tu pelo
despiertas todas mis ganas
me agarro a tu estela y vuelo.
Me enterneces, me enamoras
reseteas mis pesares
segundos se vuelven horas
vuelves pares los impares
me excitas, me vuelves loco
quiero hundirme en tu regazo
me enamoras poco a poco
conquistarte es un gustazo.
Me alivias, me recompones
quiero quererte sin prisa
te cueles en mis canciones
me estremeces con tu risa
me alimentas, me iluminas
me inflas, me alborotas
tus maneras son divinas
me salpicas con tus gotas
me aturdes con tu hermosura
me hipnotiza tu mirada
sueño abrazar tu cintura
no te cambiaría por nada.

José Luis Martín Arango



RICARDO ALBERTO OTERO

CORAZONES EN GUERRA

Capítulo 1: Encuentro en Yaundé

En el año 1890, en pleno corazón de África, Camerún era un hervidero de tensiones políticas y sociales. El reparto de África por las potencias europeas había dejado una estela de conflicto y desesperación. En este tumultuoso escenario, dos almas destinadas a encontrarse entrelazaron sus caminos de manera inesperada.

Anna Müller, una joven alemana de espíritu aventurero y corazón compasivo, había llegado a Camerún como enfermera voluntaria, dispuesta a aliviar el sufrimiento de los afectados por las crecientes tensiones coloniales. Su padre, Otto Müller, un empresario prusiano dueño de una próspera fábrica metalúrgica, se oponía vehementemente a su decisión de viajar a África, considerando la región peligrosa e inestable.

Tariku, un refugiado etíope que había escapado de la violencia y la opresión en su país, llegó a Camerún con la esperanza de encontrar un refugio seguro. En medio del caos de Yaundé, la capital camerunesa, encontró trabajo como peón en la construcción del ferrocarril, una obra monumental emprendida por los colonizadores europeos.

El destino quiso que Anna y Tariku se conocieran en el hospital de campaña donde ella trabajaba. Tariku había sufrido una grave lesión en una pierna mientras trabajaba, y Anna fue la encargada de atenderlo. Desde el primer momento, una conexión profunda surgió entre ellos, basada

en la compasión, el respeto y una comprensión mutua de sus luchas y sueños.

Capítulo 2: Amor en Tiempos de Guerra

A medida que Anna cuidaba de Tariku, sus encuentros se hicieron cada vez más frecuentes. Tariku, con su mirada serena y su voz suave, le relataba historias de su infancia en Etiopía, los verdes valles y montañas de su hogar, y la difícil travesía que lo había llevado a Camerún. Anna, a su vez, le hablaba de su vida en Alemania, de los fríos inviernos y de su deseo de marcar una diferencia en el mundo.

La barrera del idioma fue superada rápidamente a medida que ambos aprendían palabras y frases en los idiomas del otro. Sus corazones, sin embargo, hablaban un idioma común: el del amor y la esperanza. La relación entre Anna y Tariku floreció en medio de la adversidad, con encuentros clandestinos y sueños compartidos bajo las estrellas africanas.

Capítulo 3: La Oposición de Otto

La felicidad de la pareja no pasó desapercibida. Otto, que había enviado a su hija a Camerún con la esperanza de que ella regresara rápidamente, descubrió su relación con Tariku y quedó consternado. En una serie de cartas llenas de furia y desdén, exigió que Anna rompiera todo contacto con el refugiado y regresara a Alemania de inmediato.

Anna, sin embargo, estaba decidida a seguir su corazón. Ignoró las súplicas y amenazas de su padre, confiando en que su amor por Tariku era más fuerte que cualquier oposición. Otto, frustrado y desesperado, decidió tomar medidas drásticas para separar a su hija de lo que él consideraba una influencia indeseable.

Capítulo 4: Planes de Escape

Con el tiempo, Anna y Tariku comenzaron a planear su futuro juntos, lejos de la guerra, la opresión y la oposición de Otto. Decidieron que intentarían escapar a Europa, donde esperaban encontrar un lugar seguro para construir su vida. Sabían que el viaje sería peligroso y lleno de incertidumbres, pero su amor les daba el valor para enfrentarlo.

El obispo local, una figura de autoridad en la comunidad, inicialmente parecía simpatizar con su situación. Sin embargo, sus verdaderas lealtades estaban con Otto, quien lo había sobornado para que vigilara a la pareja y evitara su escape.

Capítulo 5: La Traición del Obispo

El día de su fuga, Anna y Tariku se encontraban en una pequeña iglesia, recibiendo las bendiciones del obispo para su viaje. Sin embargo, en un acto de traición, el obispo había informado a las autoridades coloniales sobre sus planes.

Cuando salieron de la iglesia, fueron recibidos por un grupo de soldados alemanes, enviados por Otto para detenerlos. En medio del caos, Anna y Tariku intentaron huir, pero los soldados abrieron fuego. Anna, embarazada y llena de esperanza, cayó al suelo, alcanzada por una bala.

Capítulo 6: El Desenlace Trágico

La muerte de Anna fue un golpe devastador para Tariku. Sosteniendo su cuerpo en sus brazos, sintió cómo su mundo se desmoronaba. Los sueños que habían construido juntos se desvanecían en un instante. Tariku fue arrestado y llevado a prisión, mientras el obispo y Otto celebraban lo que consideraban una "victoria".

Anna fue enterrada en una pequeña tumba en Yaundé, lejos de su hogar en Alemania pero cerca del lugar donde encontró el amor verdadero. Su muerte resonó en la comunidad local, convirtiéndose en un símbolo de la lucha contra la opresión y el odio.

Epílogo

La trágica historia de Anna y Tariku no fue olvidada. En los años siguientes, la memoria de su amor y sacrificio inspiró a muchos a luchar por la justicia y la igualdad. Otto, consumido por el remordimiento y la pérdida, se dio cuenta de que su rigidez y prejuicios le habían costado la vida de su hija.

Tariku, después de pasar varios años en prisión, fue finalmente liberado y se convirtió en un activista por los derechos de los refugiados y los oprimidos, honrando la memoria de Anna y su amor inquebrantable.

El amor entre Anna y Tariku, aunque truncado trágicamente, dejó una huella imborrable en la historia de Camerún y más allá, demostrando que el amor puede florecer incluso en los lugares más oscuros y que su legado puede inspirar cambios duraderos.



Querida rutina

Hoy solo he visto paredes cerradas,
amasijo de raíles férreos de viaductos,
gentes cansinas desperezándose,
juntos,
todavía sin luz del día, de tiempo
holgadas.

(Estribillo:

*Rutina policromada de milagro
generoso diario,
de aventura atrayente impredecible,
de tu luz, aire, tierra, cielo, pan...
irrepetible.)*

He sentido calor desprovisto de calidez,
arrastrando, hirientes, inactivas
voluntades,
semejando cargas pesadas, pero...
esperanzadas,
y las he hecho mías: gracias a ti: rutina.

(Estribillo:

*Rutina policromada de milagro
generoso diario,
de aventura atrayente impredecible,
de tu luz, aire, tierra, cielo, pan...
irrepetible.)*

Deja que me empape de tus instantes,
de tiempo, de espacio, de encuentros,
de personas esperanzadas con ellas
esperando.

**Jose Antonio
Sainz Nieto**

El taxidermista

Habíamos llegado hasta el despacho al
que nos conducían todas las pistas.
Sobre el escritorio solo había un
portaminas. Empecé a pulsar sobre la
goma como un descosido. Tras el
décimo “clic” la mina se partió y cayó
al suelo. Al agacharme a recogerla, vi
que en el parqué había una
irregularidad extraña. Con ayuda del
portaminas conseguimos abrir una
especie de trampilla que dejaba
vislumbrar una escalera muy oscura.
Un hedor putrefacto nos hizo titubear
unos instantes. Cuando conseguimos
armarnos de valor, nos adentramos en
aquella sala llena de utensilios
estrafalarios llenos de sangre.
Debíamos descubrir lo que el
taxidermista se traía entre manos.

Markos Manchado Mateos



CARMEN

La mujer esperaba sentada en un sillón con la cabeza inclinada sobre su brazo. La habitación estaba caldeada y olía a ese manojito de claveles rojos y blancos que ella misma acababa de comprar. Les cortó un poco los tallos y las colocó en agua fresca dentro de un jarrón junto a la ventana.

La mariquita de puntos amarillos —rara especie en aquella zona y más en invierno— saltó de forma espontánea de uno de los claveles al visillo, atrajo su mirada perdida como si la despertara. La libertad ganada por ese diminuto bichejo le recordó sus constantes ansias por salir de aquella España de nieblas, lluvias y hollín que tantas veces le había descrito a su amigo Ramón en sus cartas.

Diez años de incansable carteo dan para mucho. En ese tiempo, no solo el constante ir y venir de cartas se había mantenido, sino que la frecuencia, si cabe, se había intensificado. Cada vez era menor el tiempo que Ramón y Carmen tenían que esperar para recibir una carta del otro: no pasaban ni tres días antes de que Antonelli, si le pillaba en Roma; Françoise, si andaba por París; o Martín, si estaba de descanso en su casa de Cercedilla, en la sierra norte de Madrid, la espabilaran ondeando una de esas cartas al viento. Siempre el mismo tipo: matasellos americano con estampado de olas azul y rojo en la parte superior-derecha y una inscripción de letras grandes: «San Diego, California».

Sabía cuándo eran de Ramón porque sus cartas siempre iban acompañadas de un paquete que contenía una de sus últimas novelas, recortes de sus publicaciones en el periódico de la semana o alguna de sus lúcidas ponencias impresas en la universidad.

«Ramón supo entenderme mejor que nadie», pensaba Carmen, mientras seguía esperando a que el teléfono sonara, con la desesperanza de saber que fuera cuando fuese, sería para confirmar malas noticias. «¡Qué suerte haber contado con un amigo tan clarividente! Supo consolarme, aún no sé cómo: él, con esa rabiosa capacidad de resistencia, ansiando volver a esa España que, sin embargo, a mí me aprisionaba y me asía en la angustia del hastío». Se levantó, se acercó a la ventana y corrió un poco el visillo para ver entrar la tímida luz de enero por el cristal. Entonces se sentó delicadamente en la cama, suspirando. «Paradojas. Sátiras de la vida».

El visillo se movió por la leve corriente que se filtraba a través de la ventana de madera. Con el movimiento, la mariquita saltó a la estantería llena de libros que había apoyada en la pared contigua. Carmen la siguió con la vista. Se posó sobre el libro *Nada*, y empezó a recorrer arriba y abajo el grabado del canto: Carmen Laforet. La mujer se reconoció a sí misma, pero cuarenta años más joven. Su primera novela. A Ramón le gustaba recordarle aquello de «tuviste la rara fortuna de empezar con una obra maestra» en muchas de sus cartas. Aquel recuerdo la hizo sonreír.

No era ella de vanagloriarse, pero esa novela la hizo famosa en el mundo entero. Sin embargo, y lo pensaba ahora serena, el mayor beneficio que le trajo *Nada* fue su amistad con Ramón. Aún no podía creer que hubiera tardado casi veinte años en responderle aquella primera carta de felicitación por el premio Nadal de literatura. «¡Veinte años esperando una respuesta!». Esbozó una sonrisa mientras traía a sí ese recuerdo. «¿Qué habría estado pensando Ramón todo aquel tiempo? ¿Creería que no le querría contestar? ¡Pobre!». Carmen había tardado casi veinte años en responder a su primera carta por encontrarse abrumada y un tanto turbada por contestar a alguien de tal altura literaria. Sí, la pereza también había hecho su parte.

Mientras Carmen paseaba su mirada por las filas de libros de esa abarrotada estantería —milimétricamente organizada, pero cargada de tantas y diversas obras de arte—, no hacía más que agradecer: «¿quién me iba a decir, que tras responder esa primera carta, tanto tiempo después, iniciaría uno de los viajes más apasionantes de mi vida al centro de una relación que me trascendería a mí misma?».

Una amistad fraguada, nutrida y vivida en la adultez nada tiene que ver con los amigos de siempre. Aquí no hay miedo a rozar el peligro. La posibilidad de quemarse puede ser apagada por el recelo a extinguirse. Aquí

el error no tiene camino de vuelta, se paga caro, hay un riesgo continuo: si no lo alimentas, se pierde. Al amigo de siempre, siempre lo tienes. Siempre te tiene. Ramón no era eso para ella, él vino en otro momento y a otra cosa: los límites de lo que es y no es la amistad siempre andan más difusos aquí. Pero de igual manera, la soledad se encuentra más acompañada: es un amor más real, más libre; elegido, no dado; ganado, no regalado. Hay cariño, ternura, afecto y los saboreas. Te puedes ver a ti mismo experimentándolos, porque no te son naturales. Esos sentimientos, ahora, los degustas a boca llena. Carmen sabía que una amistad en la adultez podría, paradójicamente, decirse más volátil y profunda a la vez.

La mariquita de puntos amarillos iba y venía de estante en estante, ahora parada sobre los libros de filosofía —aquellos primeros flirteos con el existencialismo de cuando era estudiante en Barcelona—. Al igual que iban y venían, también, aquellas cartas a través del Atlántico. Era un chorro constante.

En esas infatigables cartas, Ramón y Carmen hablaron de todo. No hubo tema que no abordasen, por embarazoso que fuera. A nadie: ni al marido de Carmen o cualquiera de sus cinco hijos, ni a esas amigas o incluso exmujeres que entraban y salían del piso de Ramón con asiduidad, les llegó nunca a pasar siquiera por la cabeza, que esa amistad, vivida vía aérea, pudiese en algún momento tornar en algo más. Ciertamente es que Ramón alguna vez intentó flirtear con ella. Recordaba Carmen sentada en su mullida y bien acomodada cama, mientras esperaba a que sonara el teléfono. Pero más cierto aún es que ella supo orientar el timón de aquella relación, entonces gestante, en otro sentido desde el primer momento. Ramón no solo lo aceptó de buena gana, sino que se encontró consigo mismo y con el lugar real que esta relación ocupara en su corazón. ¡Tres años de incansable carreo les costó a los dos empezar a tutearse! Y eso lo dice todo.

Las pisadas fuertes de una energética joven subiendo por la escalera la distrajeron de estos pensamientos. Carmen tornó la cabeza hacia la pulcra puerta mientras Cristina la abría.

—Mamá, la comida está preparada, bájate, desde el salón se puede oír el teléfono también.

—Comed sin mí hoy, por favor. —Carmen se encontraba a gusto reviviendo su historia una y otra vez en su cabeza, ahora bañada en gris por sus sesenta y una primaveras.

—¿Te subo aquí la comida?

—No, no, por favor, prefiero estar sola un ratito más.

Cristina, también escritora, sabía de la hondura a la que cala la pérdida de un compañero de camino. Y tratándose de Ramón —con quien había intercambiado alguna que otra charla de más joven cuando estudiaba en los Estados Unidos—, mucho más.

—Mamá. —Cristina giró la cabeza en el momento en que estaba a punto de salir por la puerta.

—¡Sí, ya lo sé! Tú también lo echarás de menos —contestó Carmen sin volver siquiera la cabeza.

—Nunca olvidaré su consigna teresiana: «quien no vive para servir, no sirve para vivir». —Las dos se echaron a reír suavemente, pues siempre les pareció de gran osadía que él sacara a relucir estas consignas, estuviera con quien estuviera.

—Ramón siempre fue muy de Santa Teresa —concluyó Carmen la meliflua risotada.

—¡Sí! ¡Y de Franco! —Cristina volvió a traer las risas a la habitación. Parecía como si Carmen necesitase ese momento de catarsis. En su ensoñación, estaba falta de sacar a la luz también lo que le hacía gracia de él.

—«El pequeño Cesarito», como escribía tantas veces —decía Carmen mientras volvía a ensimismarse en sus recuerdos—. La única persona a la que en realidad llegó a odiar. A él, y solo a él, culpó del asesinato de su primera mujer en el 39, el verdadero amor de su vida, antes de tener que exiliarse de España para siempre.

En ese momento el teléfono sobresaltó a las dos, que para entonces ya estaban más serias. Cristina, con un respeto sublime por lo íntimo, salió, dejando su madre a solas.

Solo le llevó un minuto recibir el mensaje.

—Gracias, Andreíta —contestó Carmen mientras entornaba la ventana para tomar aire de fuera—, así lo quería tu padre. Ahora podrán navegar hacia oriente y occidente sus cenizas... y quién sabe si algún día, por fin, rozarán suelo hispano.

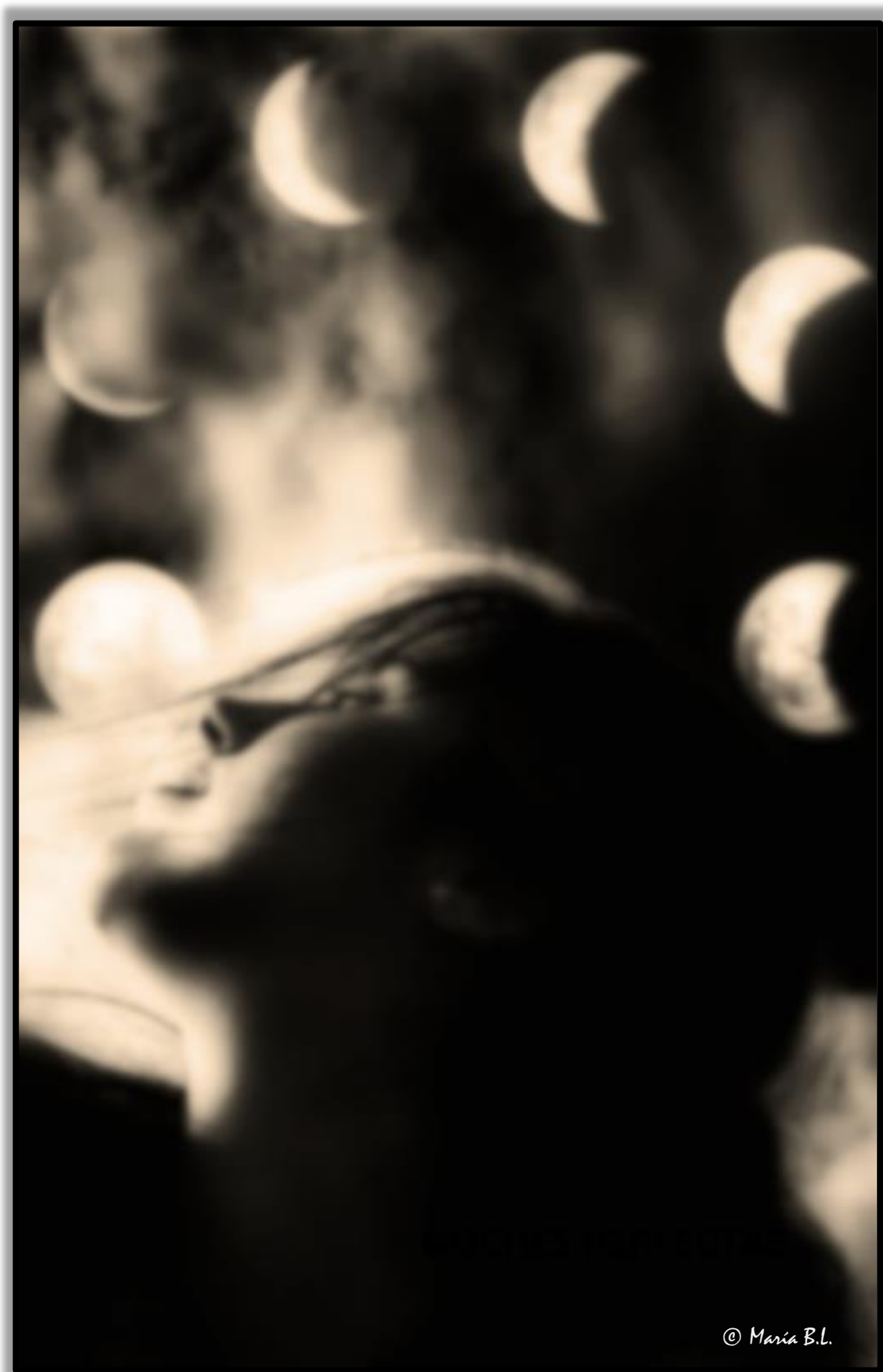
En ese momento la mariquita saltó, de un brinco se coló por la apertura hacia la calle y echó a volar.

En memoria de Ramón J. Sender y esas amistades que trascienden.

Santos S.C. Bermejo

La Galería María Bretos





© María B.L.

Página 30 Visto en redes



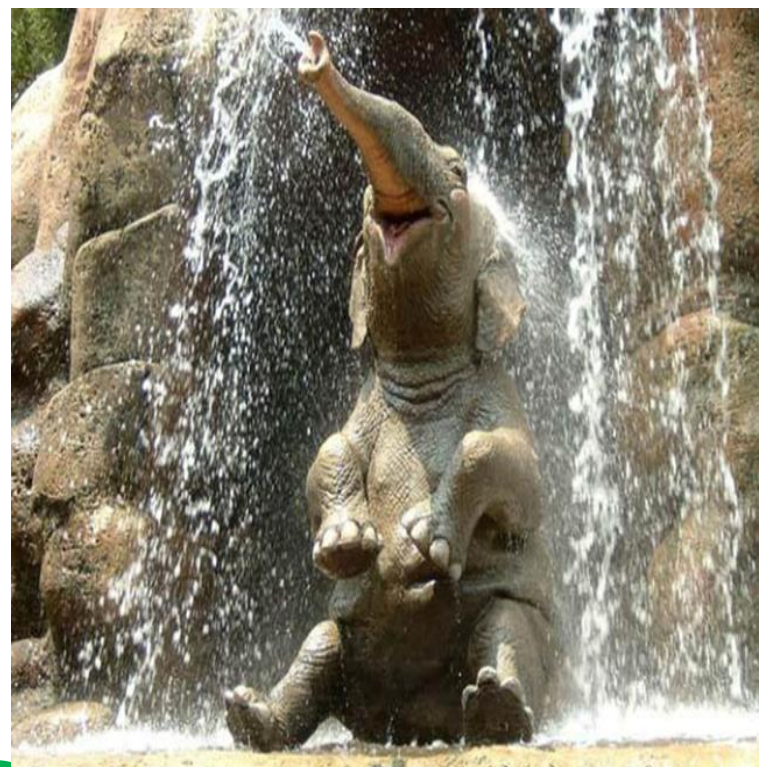
—Paco, ¿por qué lloras?
 —Pili, recuerdas cuando tu padre me amenazó con casarme contigo o pasar 20 años en la cárcel?
 —¡Sí...! ¿Y...?
 —Hoy habría salido Pili, hoy habría salido... :(



Toma aire y repite tres veces el primer mantra,
 "el mantra del desapego"
ME IMPORTA UN BLEEEEEEEEEEEEEEDOOOOO

Ahora repite el segundo mantra para liberar el sistema energético, la memoria y el inconsciente.
 "el mantra de la purificación!"
A TOMAR VIEEEEEENTOOOOO

Y por último y no menos importante, el tercer mantra.
 "el mantra de la desintoxicación!"
 para soltar cualquier situación que pueda estar afectándote.
PAAAAAASOOOOOOOOO
 "ooooommmmmmmmmmmmmmmmm"
 Ale ya estás lista para todo el día!!!!





Purificación Pedregosa Alcalde

V

E

R

S

O

S

E

N

B

L

A

N

C

O

En el fulgor del escenario ardiente,
donde la luz desborda y todo es fuego,
se alzó mi voz temblando, inconsecuente,
cual viento errante, solitario y ciego.

El eco de mi canto, desfallecido,
se ahogó en el abismo del error,
y en mi pecho un latido agonizante
clama al silencio, súplica de amor.

Olvidé cada verso, cada nota,
mi mente en blanco, mi alma enajenada,
y en los ojos del público, la frágil
sombra de un sueño, por la duda abrazada.

Sentí la soledad en cada acorde,
un vacío que el alma me rasgaba,
y en la cruel distancia que me bordé,
la risa silenciosa me ahogaba.

Desperté del hechizo, del espanto,
y en la penumbra hallé mi realidad,
que en la canción no hallé sino quebranto,
y en mi voz, solo hallé fragilidad.



Mas de esta decepción que me consume, nace la fuerza, el ansia de luchar,
pues en cada caída, arde y se resume la esperanza eterna de volver a empezar.

La salida mágica

Ulises Martino

Estaba con poca plata manejando un auto en la ruta con poca nafta. Harto de tener poca plata y de tener poca nafta. Harto principalmente de mí. Y eso me parecía la perfección, solo me faltaba manejar borracho.

Enseguida apareció una estación de servicio. No digo que me alegré. De alguna manera, estaba queriendo desafiar la ley de la gravedad de la nafta. Era un auto tan compañero que lo sentía capaz de aguantarme más allá de la lógica. Como yo aguantaba sin plata.

Tenía un antecedente con eso de estirar la carga. Calculé para cien kilómetros, quedaban ochenta a Piran y terminé pidiendo un auxilio en la banquina. Así que me rendí a la evidencia. Tenía que alimenta la nave si quería seguir avanzando, echarle nafta aunque tuviera nada de plata. Para eso estaba la tarjeta de crédito, al tope, la que me permitía llegar a fin de mes.

De paso, iba a tomar un café, un buen café, doble, con tres medialunas para mitigar el hambre. Para sentarme en una mesa y analizar el mundo desde la cafetería. Un deporte que a veces le sacude la modorra a mi visión de la vida.

Desde allí los autos pasaban a demasiada velocidad, mucho más alta que la permitida. ¿Sería realmente así? ¿Y si era así, por qué conducían con tanto apuro? Nadie parecía tener problemas con el dinero, quizás tuvieran otros problemas, de eso estaba seguro. Pero no se notaban afectados por esos problemas. Como si la existencia se redujera al dinero. Tener o no tenerlo significaba el problema. La raza humana había sido convencida de que vivir era un asunto exclusivo con el dinero. Tenerlo para sentirse gigante, lo contrario para sentirse un tarado mental. Yo estaba a mitad de camino, no solo de llegar a mi casa.

Fuera de la ruta, otra porción del mundo no participaba del juego. No podían tener un auto ni cuestionarse en la ruta, ocupada en salir adelante como se pueda.

Tenía que seguir manejando pero estaba a gusto en la cafetería, viendo el atardecer. Las nubes entrando en esa especie de limbo del cielo. Tenía las preocupaciones, pero no lograban absorberme del todo. La raza humana estaba perdida y yo me encontraba contento en la perdición. Consciente de la flaqueza. Eso me alimentaba.

Abandoné lo de la mirada en la ruta y pedí otro café. No me importaba volver, no estaba apurado.

¿Volver a qué?

De vuelta a casa.

¿Por qué uno se vuelve a casa?

Son las obligaciones.

Eso es una coartada.

Díálogos tomando café, en los que ni yo me ponía de acuerdo.

Me dediqué al diario que estaba manso en la mesa de al lado. Papel a través del cual no te enteras demasiado de nada, pero se obtiene una noción del mundo. Vi algo de política, nada nuevo, le seguían pegando a Cristina. Fui a los deportes. Busqué noticias de Independiente. Una declaración del técnico: “Ya estamos trabajando en la solución”. Después me entretuve con el suplemento Cultura. En la contratapa, un tipo que era entrevistado explicaba una técnica para dejar de fumar. Lo conseguía a través de la hipnosis y era todo un éxito.

Agendé su dirección de mail. Era probable que muchos lo hicieran ese día. Anotar su dirección, se iba a llenar de clientela.

Pero mi plan no era dejar de fumar. Allí, me pareció, estaba la solución del dinero. Le iba a copiar el método. Una sesión con el tipo bastaba. Aunque lo de la hipnosis resultaba complejo.

¿Dónde se estudia para hipnotizar? ¿Es realmente posible?

De nuevo en la ruta, me agarró la noche.

¿Cómo sería el método sin hipnosis? Muy sencillo, dos preguntas. Una: ¿Querés dejar de fumar? Dos: ¿Vos sabés porque fumás?

La primera resultaba evidente. Iban a decir que sí. La segunda era más profunda. Allí, en plena oscuridad de la noche, me pareció que si uno comprende su mecanismo se puede meter con él. ¿Yo, porque fumaba? No me animaba a saberlo, tampoco tenía que tener la respuesta porque no pensaba dejar de fumar.

El cielo se plagó de estrellas. Demasiadas estrellas. Sin luna, oscuridad plena en la ruta. Por un momento me invadió la tristeza. En la soledad, todo parecía eterno. Y, sin embargo, esa sensación de eternidad era la confirmación de la finitud. De que mis problemas se terminarían, porque mi vida se terminaría.

¿Qué importaba la plata?

Miré la aguja del tanque lleno. Roja, luminosa, arrogante. Nadie puede tener un problema trivial que no pueda solucionarse con el tanque lleno.

Sonó el celular. Era Verónica que llamaba desde Mar del Sud. Entonces, me pareció recordar que estaba casado.

-¿Ya llegaste?

-Estoy a cincuenta kilómetros –le mentí.

Pero apenas había superado Dolores. Me quedaban, por lo menos, doscientos. No quería decirle, para evitar las preguntas.

¿Qué pasó? ¿Te demoraste por algo? ¿Se te quedó el auto?

No quería hablar del auto. No quería hablar de mí. De mi tiempo en la ruta. Decir la verdad es un problema. Es abrir un mundo, en el que uno solo se entiende. Lo que me pasa en la ruta. Lo que me pasa en la noche. Estar en pareja me desconcierta. En la ruta juego a que estoy solo. A que nadie en el mundo me espera. Por eso le mentí, porque la mentira es una realidad.

No paré en Dolores, paré en Sevigné. Una parrilla en la ruta. Antes de pedir me cercioré de que aceptaran la tarjeta de crédito. Cada vez que viene el resumen me alcanza para el pago mínimo; así un mes, y el otro. Hasta que se corte la cuerda. O hasta que, como siempre divago, se me ocurra la salida mágica. Como se le ocurrió al hijo de puta que te hace dejar de fumar.

Pechito de cerdo con ensalada mixta. Un chori. Un buen vaso de vino. De la casa. Medio pingüino. Lo probé y me pareció el vino más rico del mundo. Ya estaba rozando la perfección. Otro medio pingüino. Quedaban ciento ochenta kilómetros, los mejores del viaje.

No iba a manejar borracho, pero si entonado. Era capaz de hacerlo.

HAZ LO CORRECTO**NIKOLÁ KIRÓN**

Robi hacía tiempo que sospechaba que algo andaba mal en la casa. Era un robot doméstico. El señor Madison Chester lo compró hace unos dos meses en la Distribuidora Internacional de Robots. El nombre Robi se lo puso la señora de la casa. Al señor ese nombre no le gustaba; él sarcásticamente lo llamaba RoboCop y no le daba más valor que al microondas de la cocina o al extractor de zumo.

Con la señora de la casa Madison Chester se casó medio año antes de comprar a Robi. Al principio todo parecía bien, pero poco a poco el señor empezó a mostrarse molesto por muchas cosas. Le molestaba que la señora saliera de compras estando él fuera de la casa. También se mostraba molesto cuando venían algunas de sus amigas de visita, o cuando ella le sugería hacer un viaje a la casa de sus padres, que vivían en otra ciudad.

Al final compró al robot doméstico justamente para que este se ocupara de las compras. Además obligó a Robi a grabar en vídeo todo lo que hacía la señora mientras que él se ausentaba. El único problema era que mientras Robi estaba de compras, no había quién le vigilara a la señora. Y por ahí empezaron los problemas.

Hacía una semana Robi vio la primera vez como el señor golpeaba a la señora. Desde ese día empezó un problema en el módulo de estabilidad del sistema electrónico del robot. Esto sucede cuando se dan situaciones que contradicen a los protocolos de comportamiento de los robots. El protocolo principal es que un robot no puede desobedecer al dueño y está obligado a cumplir sus órdenes, a menos que entren en contradicción con el protocolo dos, que dicta que el robot no puede bajo ninguna circunstancia hacer ningún daño a un ser humano a menos que este humano intente matar a otro humano. Y hasta en ese caso el robot no puede hacer daño físico al agresor, sólo sujetarlo y reportar a la policía la situación, con salvedad de que si el agresor es su dueño tampoco puede denunciarlo, solo sujetarlo para impedir el desenlace fatal.

Al ver los golpes que el señor propinaba a su esposa, Robi tuvo en su conciencia la necesidad de protegerla según el tercer protocolo: defender a cualquier ser humano. Pero esta necesidad fue bloqueada por estar en conflicto con el protocolo número uno. Robi debió bloquear el protocolo tres en este caso, pero lo hizo con desgana y grabó un reporte interno en su sistema para analizarlo más tarde.

Se daba cuenta de que la señora se sentía terriblemente ofendida. Al día siguiente la vio salir de su habitación con exceso de maquillaje para ocultar las marcas que le quedaban en el rostro después de los golpes recibidos.

Cuando el señor llegó a casa y la vio con maquillaje se molestó enormemente y le gritó:

–¿Qué es esto! ¿Estás arreglándote para tu novio, aprovechando que tengo que salir todos los días para trabajar? –mientras agarraba a la señora por los cabellos y la arrastraba a su habitación.

Robi, por los gritos que se escuchaban, se dio cuenta de que el hombre otra vez la golpeaba. Y de nuevo tuvo un desequilibrio en el sistema de estabilidad, que aminoró haciendo bloqueos de los protocolos de menor prioridad.

Vio al señor salir de la habitación con mucha rabia:

—¿Qué estas mirando, imbécil? —esta frase era para Robi—. Ve al supermercado y trae el whisky que ya se acabó. Y no me mires de frente con tus malditos vidrios redondos.

“Vidrios redondos” eran los objetivos de las cámaras de vídeo de Robi, que efectivamente estaban protegidos con unos vidrios redondos a prueba de balas y ácidos fuertes. El robot siguió las instrucciones del dueño, pero caminando por la calle volvió a revisar los reportes internos de su reacción al comportamiento del señor y sintió de nuevo una inestabilidad en su sistema. “No hay forma de romper los protocolos, pero debe haber una manera de eliminar los desequilibrios que me produce ese... dueño mío” —ese fue más o menos el pensamiento de Robi. Y al tomar la conciencia de la necesidad de hacer un arreglo en su cerebro electrónico, recordó a su amigo Sancho.

Sancho era un robot de la misma serie que Robi y fue fabricado el mismo día que este. Mientras estaban en la exhibición de la distribuidora de robots en espera de que alguien los comprara, conversaban por *bluetooth* y en cierto modo se hicieron amigos. Luego Robi supo que su amigo fue adquirido por un *hacker* que le puso ese nombre de Sancho en alusión a Sancho Panza, y le enseñó algunos trucos del *hackeo* para que le ayudara en su trabajo. Dado el protocolo número uno, Sancho no podía denunciar a las autoridades ninguna actividad de su dueño, por tanto el hombre sacaba mucho provecho de su “fiel escudero”.

Al juntarse con Robi en una plaza pública, Sancho le pidió que antes de hablar se desconectara de todas las redes y, al escuchar su historia, tomó un bolígrafo y escribió en un papelito algunas direcciones de la *dark web* que podrían ser útiles a Robi.

El día siguiente Robi esperó que el dueño se fuera al trabajo, entró a su habitación y encendió el ordenador. Era fácil, pues el señor le daba poca importancia a su robot y en varias ocasiones entró al ordenador tecleando la contraseña en su presencia.

“Haz lo correcto, y lo demás se arreglará solo” —pensó Robi y puso manos a la obra. Lo primero que hizo era bloquear la red de la casa y entrar a internet por el *wi-fi* de un bar que estaba a una manzana de la casa en la misma calle, usando el modo incógnito de navegación. Luego pasó veinte minutos tecleando frente a la pantalla.

El señor no volvió aquel día a casa. Parece que pilló una borrachera, lo que se reflejó en su cara cuando apareció el día siguiente. Vio a Robi que desde temprano estaba cerca de la puerta, esperando los acontecimientos que estaban por llegar. Desde la entrada gritó:

—¡Ven acá, maldita mujer!

La señora salió de su habitación y se detuvo a una distancia prudente de su esposo.

—¿Dónde pasaste esta noche?

—Aquí en la casa.

—¡Mientes, ramera! ¡Sé que fuiste con tu amante! ¿O lo escondes en esta casa?

—Estuve aquí toda la noche sola. Robi te lo puede confirmar.

—Robi, Robi, Robi... ¿Quién es Robi?... Ah, ¿esa maldita caja de hojalata? ¿Ese estúpido RoboCop? Mientes... —el hombre dio un paso adelante levantando la mano para golpear en la cabeza a la mujer. Robi dio un salto y se puso entre Madison Chester y su esposa. Levantó su mano izquierda y sujetó por la muñeca el brazo del señor. Lo hizo con una fuerza calculada para no romper los huesos pero que le doliera bastante.

Madison Chester gritó de dolor y de sorpresa.

—¡Suelta mi brazo, maldito! ¿Cómo te atreves a atacar a tu dueño? Voy a devolvarte a la distribuidora. Que te desarmen para repuestos.

Robi siguió sujetando el brazo del hombre y le dijo con voz tranquila:

–Lo siento, señor, pero no sé lo que le hace pensar que es mi dueño. Mi dueña es la señora que está frente a usted.

Tanto la cara de Madison Chester, como la de la señora, expresaron una sorpresa.

–¿Cómo? –una pausa–. Quita tu maldita garra, no pienso hacer nada a esa ramera. Déjame llamar a la compañía.

El hombre tomó su móvil y marcó el número de la Distribuidora Internacional de Robots:

–Buenos días. Soy Madison Chester. El día treinta de abril de este año compré un robot doméstico en su compañía. Lo recuerdo bien porque fue el último día del mes. Quiero denunciar el comportamiento indebido de esa máquina.

–¿Cómo dijo usted? ¿Madison Chester? ¿Dijo el treinta de abril? Espere en línea, por favor, mientras reviso su expediente... Aló, ¿me escucha? Lo siento, señor, pero su nombre no aparece en nuestra base de datos. El treinta de abril en nuestra compañía se vendieron seis robots diferentes y de ellos uno solo doméstico. Lo adquirió una señora cuyo nombre no puedo darle por las reglas de seguridad de la compañía.

Al señor se le torció la cara de rabia y los ojos le brillaron. Hizo un leve movimiento en dirección a la señora. Robi levantó la mano derecha y advirtió:

–Ni se le ocurra, señor.

Madison Chester escupió al suelo y salió de la casa apretando el paso. Volvió cuando la tarde estaba bien avanzada. Entró a su habitación y una hora más tarde salió arrastrando detrás de sí una maleta grande. Paró antes de llegar a la salida de la casa, dio media vuelta y llamó en voz alta a la señora. Cuando esta se presentó acompañada de Robi, le dijo:

–Mañana vendrá un abogado y traerá los papeles de divorcio. Te dejo esta casa. Y te aconsejo no pretender a nada más. Para que no lo laments después –miró de reojo a Robi.

La señora le respondió con voz bajita pero mirándole a los ojos:

–Firmaré los papeles.

El hombre volvió hacia la puerta, luego se detuvo de nuevo y, señalando con la cabeza a Robi, le dijo a la señora:

–Esta miserable caja de hojalata se queda contigo. Es legalmente de tu propiedad. De cómo lo hizo no tengo ni idea.

Después salió por la puerta, se montó en el coche y encendió el motor. Robi salió detrás de él, se sentó en los escalones del umbral y miró como Madison Chester en el coche doblaba la esquina, desapareciendo para siempre de sus vidas.

La señora salió también y se sentó al lado de Robi. Todavía tímida pero recobrando el valor, le dijo una sola palabra:

–Gracias.

–De nada –respondió el robot mirando las luces de los faroles de la calle que se encendían uno por uno a medida de que avanzaba la oscuridad. Sintió la estabilidad completa de su sistema.



ILUSIONES DE LA INFANCIA (ENRIETE) José Luis España

Brilla la ilusión de la infancia tan querida
en las humildes cosas que antaño olvidamos,
esos juegos con los que tanto disfrutamos,
tierna ensoñación al corazón adherida.

El domingo, el paseo en familia y salida
por verdes prados del entorno que
añoramos,
recolectar en mayo perfumados ramos
de muguete hechizado y su suerte en la vida,

darle a la primavera cordial bienvenida,
con amigos franceses, correr como gamos,
añorar la primera amiga que besamos,
saber tomarle al tiempo su justa medida.

1 Nueva rima estrófica neoclásica, creada
por el autor, Número de asiento registral 00
/ 2024 / 2135

(Registro Central De La Propiedad
Intelectual, Ministerio de Cultura, Gobierno
de España).

En este caso, se trata de un “Enriete” es una
de las 5 formas del “Enriete” se forma
mediante 3 cuartetos

(rima ABBA/ABBA/ABBA) y tres tercetos
(pueden llevar dos o tres rimas, con las
combinaciones que lo

permitan, pero no puede haber tres rimas
iguales seguidas). Son versos tridecasílabos y
han de rimar,

forzosamente en consonante.

El “Enriete” no lleva acentuación silábica
regular interna, salvo, lógicamente la del
acento estrófico en la

sílabo 12. Este año se ha promovido el I
Certamen internacional de poesía «RIMA
ENRIETO» y local de

poesía Ayuntamiento de Sancti-Spíritus
(Salamanca), ver <https://elenrieto.com/>

Contemplant a la madre haciendo las faenas,
esperar al padre que vuelve del trabajo,
y yo con los deberes, a muy duras penas...

A los años, adiós, arrancados de cuajo,
nuestro destino fue coloreando escenas,
de nada nos sirvió tomar algún atajo,

perviven las ideas de ayer en mis venas
e ilumina mis noches grises el borrajo
del hogar dulce donde nunca hubo cadenas.



El camino que frecuento

Hector García

Viscoso es el camino que frecuento,
hastiado por mis gritos y lamentos,
donde mis pies se hacen lentos,
y pesados cual cemento.

Mire donde mire no me oriento,
por todos lados escucho sufrimiento,
mientras trato de dar forma a un
sentimiento.

¡Tú, si acaso existes!, ¡ponle ya un
remiendo!,
No sé ni para que me miento,
quizás sea para ganar tiempo,
mientras discuro y mi cerebro reviento.

¿Y si solo soy un invento?,
¿Para que tanto tiento?,
Ya lo decían mis padres, menudo elemento.

No sé que hacer, de veras no miento,
sea como fuere, trazaré un pensamiento,
aquí por este curioso lienzo,
pues guste o no, a mis ideas he de dar aliento.

Y así voy gastando mi tiempo,
rebuscando por este pegajoso elemento,
confiando en que mi yo, saldrá un día a mi
encuentro,

El tiempo nos pasa
Y se empeña en cambiarnos
Mutarnos, deformarnos
Y engañarnos.
Nos pasa y nos consume
Y nosotros a él, nada.
Así como a nosotros
Al tiempo debería
Llegarle su tiempo.

Vivir para escribir
En un mundo donde
Escribir mata.

¿Es de vida que se muere la Muerte?

Jhony K.



OSCURAS TIERRAS**QUE MOJA LA****QUIETUD****Abraham F.****Ortiz Lugo**

Hacia allá vamos;

hacia las nieves altas del silencio
como recuerdos de una cruz

que tan pronto se marchita

como se enciende en mitad de la nada

y refulge en la memoria de las constelaciones.

Vamos por precaución,

por mera osadía,

enyuntados a la tierra de nuestros padres

hijos pródigos que somos de la trashumancia,
divididos en parcelas de luz

en paredes de piedra indómita;

enyuntados por las fiebres de aquellos deshielos
que inundaron de aromas nuestra infancia;

la sabina mora,

la coscoja, la encina, aquellos
arrabales que crecieron
mientras jugábamos a trazar
líneas discontinuas en las
madrigueras del visón y

veíamos caer la nieve en
nuestros párpados.

Movidas por la escarcha las altas colinas nos tocan
las palabras nos prestan su blanca cofradía de
fósiles nos quitan el peso anterior a este aliento de
continuar los pasos de la orquídea y la retama,
adornando las liturgias con la estatura del enebro
y las bayas de arándanos.

Hacia allá vamos, Miguel Martel, mirando desde
lejos la tierra que se vacía, las ovejas que pastan
solas perseguidas de cerca por la nada. Mirando
cómo a lo lejos el Duero nos caduca, nos hurta la
versión

del anacoreta San Saturio, y las huellas del Cid.

Oscuras tierras que moja la quietud, pastos verdes
donde las leyendas humedecieron la pluma de
Gustavo Adolfo y la noches de Machado; pastos
verdes donde creció la Soria pura y el pino.

Visite la web del
editor

Escritordaniel.es

Maria Bretos, autora

